

SYBIL, O LOS DOS DISRAELIS*

Juan José Cruz Hernández
Universidad de La Laguna

Abstract

This article intends to examine the novel written by Disraeli in 1844-5, from the point of view of a fable that covers up the political intention of the writer as a member of the opposition to the policies of Robert Peel's cabinet. The specific role that each social class is to take up in the new society that Disraeli proposes with the support of his reactionary followers is perfectly reflected in this work. Also a comparison is established between *Sybil* and *The Condition of the Working Class in England*, among other socialist writings. Both Disraeli and Engels visited the industrializing areas of the North in 1844. Whereas Engels wrote his conclusions in the essay aforementioned, Disraeli chose to fictionalize his. Little wonder their reflections are dramatically opposed; this notwithstanding, both authors become comrades in their anger towards the ills of economic liberalism.

I

Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre con sus superiores naturales las ha desgarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel pago al contado. Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la *única* y desalmada libertad de comercio.¹

Como bien ha de saber el lector, Benjamín Disraeli no escribió las líneas precedentes. Pero pudo haberlas suscrito. He tomado un texto tan distante de la filosofía política de quien fuera novelista y Primer Ministro favorito de Victoria I, para señalar hasta qué punto la condena del capitalismo dependía de una interpretación social del pasado que era más mito que historia. ¿Quiere esto decir que las fuentes del socialismo científico y el conservadurismo agonizante eran idénticas y hacían causa común? No pretendo hacer tal afirmación. Las condiciones sociopolíticas de país compellían a un joven Disraeli a diseñar un proyecto agrario utópico, bautizado *Young England*, el cual ofrecía como panacea de los males de la industrialización. Mi intención en las páginas siguientes es averiguar en qué medida debemos entender *Sybil*² como ilustración de ese temprano compromiso político. Con independencia de las discutibles cualidades literarias como novela victoriana de que nos hablan los manuales de literatura inglesa, *Sybil* es una referencia más que sugerente para aquellos interesados en las vicisitudes políticas y sociales de la Inglaterra del siglo XIX.

El subtítulo de la novela da a entender la existencia de dos Inglaterras, una opulenta y otra paupérrima. En la última se sitúa la clase obrera; en la otra la oligarquía agraria más reaccionaria (y como veremos, es necesario matizar este término en lo que se refiere a Disraeli), así como la flamante burguesía industrial.

Simultáneamente, no lo olvidemos, Engels analiza este violento contraste en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. El propio Engels reconoce la similitud de visiones entre ambas obras en la edición de 1892 de su trabajo. Ambos mantienen un léxico y un tono similares:

La burguesía tiene más afinidad con todas las otras naciones de la tierra, que con estos obreros que están a su lado. Los obreros hablan otro idioma, tienen otras ideas y nociones, otras costumbres y otros principios morales, otra religión y otra política que la burguesía. Son dos pueblos totalmente distintos, se diferencian como si fuesen dos razas.³

Two nations; between whom there is no intercourse and no sympathy; who are as ignorant of each other's habits, thoughts and feelings, as if they were dwellers in different zones, or inhabitants of different planets; who are formed by a different breeding, are fed by different manners, and are not governed by the same laws.⁴

Pero no encontraremos muchas más afinidades. La lucha de clases por la que se decanta el alemán —“es precisamente el otro, el pueblo formado por los proletarios, el que tiene la mayor importancia para el porvenir de Inglaterra,”⁵— no tiene nada que ver con el acercamiento interclasista que propugna el autor inglés. Naturalmente, falta en el estudio de Engels el elemento que Disraeli concibe como aliado natural del proletariado: la aristocracia, arruinada o semiarruinada por la agresividad económica de la burguesía y a la que ésta le disputa el poder político.

De ahí que para Disraeli la fatalidad esté precedida por la entrada de la clase media en Westminster (a pesar de sus propios orígenes como nieto de un comer-

ciante, extranjero y judío). Ya en las primeras páginas de *Sybil* el narrador señala como funesta la reforma impulsada por Pitt, gracias a la cual aquellos individuos con rentas iguales o superiores a 10.000 libras podían ser elegibles como Pares del Reino. Con ello se daban los primeros pasos, después de 1688, hacia la disolución de la cohesión clasista (léase composición tradicional) del Parlamento y la creación de un híbrido social inviable: “[Pitt] created a Plebeian aristocracy and blended it with the partition oligarchy. He made peers of second-rate squires and fat graziers.”⁶ Según relata Disraeli, las razones de este cambio político se debían a las presiones ejercidas por los *whigs*, así como al temor de los *tories* a un movimiento revolucionario que hiciera peligrar el *status* bipartisano. Con esta medida se esperaba la adición de la burguesía al sistema. Al final, si tal proceder salvó el régimen, arruinó la carrera política de Pitt. Podría añadirse que fue el principio del fin del viejo pensamiento conservador. Como señala Robert Blake, con el último Pitt termina la sucesión apostólica *tory*.⁷ Lo que aparecería a continuación fue un periodo transitorio presidido por Wellington, que daría lugar al partido de Peel. Blake glosa una intervención de Disraeli en los Comunes, en la que iguala el pensamiento conservador a lo que él denominaba el *English System*; los sucesores de Pitt constituían una “facititious league” que se aferraba al poder para sacar provecho de un cadáver político.⁸ En tal sepulcro blanqueado encontraba Disraeli la fuente de un partido Conservador acorde con otros tiempos.

Pero si los cambios introducidos por Pitt el Joven habían creado problemas en lo referente a la representación del Reino, estos no eran nada serios en comparación con la reforma parlamentaria de 1832. Acometida por el partido *Whig*, en ella no sólo intervenía un factor demográfico, añadiendo cerca de 300.000 votantes a los 366.000 existentes. El nuevo condicionante era fundamentalmente político, ya que se redistribuía la representación, haciéndola más proporcional en beneficio de aquellos que respaldaban la reforma. Gracias a ella, la burguesía de las ciudades industriales y comerciales del norte obtenían el derecho al voto en detrimento de los *rotten boroughs*, muchos de los cuales desaparecían como distritos electorales. Con ello parecía finalizar formalmente la excesiva representación de la oligarquía agraria en el Parlamento. En otras palabras, Westminster era ahora más democrático. Y esto era lo que más resentía Disraeli, tanto el político como el escritor. Su proyecto no daba cabida a la dictadura de la mayoría, y *Sybil* arroja un flujo de argumentos para desmentir que el liberalismo y la democracia sean los instrumentos adecuados para proporcionar el más alto grado de felicidad al mayor número de individuos. Para ello pondría mucho empeño Disraeli en explotar la decepción de los radicales ante la reforma y la consiguiente animadversión entre la burguesía y los cuadros del proletariado. Con todo, pasa por alto el apoyo decidido a la reforma por parte de un sector de la aristocracia, el de los herederos políticos de Fox. Los nobles parlamentarios de *Sybil* no se encuentran enfrentados entre sí, sino que actúan presionados por la amenaza de Jorge IV de crear nuevos títulos nobiliarios para los acólitos de Lord Grey.

La degradación del viejo orden queda bien plasmada en el pasaje que narra la muerte de Lord Marney (padre de Egremont, el héroe de la novela), sin que lograra ser nombrado duque:

He died in the full faith of dukism; worshiping the duke, and believing that ultimately he should himself become a duke. It was under all circumstances a euthanasia. ⁹

Nótese el contexto en que Disraeli utiliza la palabra “euthanasia”. La desaparición de Lord Marney coincide con la *débâcle* política de Lord Wellington y con la superación de una división estamental que estaba perdiendo su razón de ser. Una nueva clase atraviesa transversalmente las convenciones que normandos, Tudores y más recientemente los Hanover se habían asegurado. Las nuevas divisiones ahora separan el campo de la ciudad, la estancia rural de la inversión industrial, la autoridad de la sangre de la compulsión del capital. Mientras se le reconocen sus derechos políticos, la burguesía asegura su hegemonía con una nueva exclusión: rentabilidad contra no rentabilidad. Las contradicciones que esta dicotomía genera en los dos partidos, especialmente en el *Tory*, hacen posible la división interna que facilite el acceso al poder de hombres anteriormente proscritos. Más fácil lo tendrán ellos cuando consigan atraerse a los conservadores más interesados en la plusvalía que en el linaje. Su hombre para ese cometido será Robert Peel.

Ese podría ser el planteamiento de Disraeli. Su disgusto ante la reforma de 1832 adquiere rasgos cercanos a la paranoia. La apertura del Parlamento a la burguesía significaba correr el riesgo de tener una Inglaterra gobernada por una plutocracia industrial. Casi tres lustros después de la reforma, el autor de *Sybil* no parece tener demasiado claro que no era precisamente en el Parlamento donde la burguesía ejercía su poder con mayor comodidad. Se contradice cuando afirma que los parlamentarios más brillantes de aquellos días (se refiere a la década de 1840) ya había obtenido escaño con anterioridad a 1832. Aun así, su insistencia en las escaramuzas parlamentarias de la clase media lo llevan a sobreestimar el alcance de la reforma. Como afirma Blake, el propio articulado de la reforma hacía prácticamente imposible la cohesión de la burguesía en un solo partido con base electoral suficiente. ¹⁰ No sólo estaba descompensada la relación Sur-Norte, campo-industria en su representación parlamentaria: a pesar de su reducción, aún quedaban en pie muchos *rotten boroughs*. Existía una manipulación generalizada del voto, que favorecía claramente a la oligarquía rural. La clase media, al no disponer de un estrato inferior sobre el que pudiese influir electoralmente (salvo en las relaciones entre el gran industrial y el comerciante menos poderoso) estaba representada en Westminster de una manera más o menos genuina. No es ese el caso del voto rural. El señor de la tierra ejercía toda su influencia —su coacción— sobre aquellos arrendatarios recién admitidos en las listas de votantes. ¹¹

Si de todos modos, la aristocracia no se sentía respaldada por la naturaleza espúrea de la reforma; si en el peor de los casos los Comunes se convertía en una cámara jacobina, aún le quedaba recursos para hacer sentir su peso político. La aristocracia dominaba la Cámara de los Lores y el Consejo del Rey, y ejercía una influencia notable en política exterior. Los lores tenían bajo su custodia el orden público fuera de Londres (tal y como nos muestra Disraeli en el ejército semifeudal de

Lord Mamey en *Sybil*), y la Iglesia, la Milicia y en general la función pública dependían virtualmente de la Cámara Alta. Si esto es así, ¿por qué se lamenta el narrador del ascenso político de la clase media?

Habría que replicar a J. Bernal cuando afirma que “incluso la maquinaria del Estado, los residuos de la reacción del Antiguo Régimen, se habían desintegrado con el éxito de la revolución de 1830 en Francia y con el *Bill* de la reforma de 1832 en Gran Bretaña.”¹² Lord Grey, el artífice de la reforma, contemplaba el cambio no como una dádiva a la burguesía, sino como una perentoriedad que salvara el sistema político: “there is no one more dedicated against annual parliaments, universal suffrage, and the ballot, than I am.”¹³ No podemos sospechar, como sí hace el autor de *Sybil*, que los *whigs* estén empeñados en una empresa democrática, esto es, contraria a las tradiciones inglesas. De hecho, el gabinete que Grey formara en 1830 fue uno de los más patricios del siglo. Grey nunca dejó de considerar las tareas de gobierno como una prerrogativa de la aristocracia. Ocurre que él mantenía la misma convicción que un antecesor suyo del siglo anterior: la reforma moderada era el único medio de salvaguardar la estabilidad política. Lejos de abandonar los principios aristocráticos, los reforzaba uniendo las nuevas formas de propiedad y riqueza al espíritu de la “Constitución”. Esa era la mejor forma de mantener en la legitimidad la concentración del poder en las manos de los pocos capaces de gobernar a una mayoría que rendía su debida deferencia. Con ellos, el Gobierno y su apoyo parlamentario, pues, seguirían estando formados por las grandes fortunas. De este modo no habría contradicción entre la defensa de la propiedad y la extensión del sufragio. Más que una concesión a la burguesía, y la reforma se mostraba como una cura contra la revolución; una operación quirúrgica para separar la clase media del proletariado, que hasta entonces habían aparecido como hermanos siameses, capaces de poner al mundo del revés.

Las razones que parecen justificar el cambio no sólo figuran en *Sybil*. En *Coiningsby* (1843), un Disraeli no exento de cinismo pone en boca de los industriales la imperiosa necesidad de reformar el reglamento electoral como alternativa a la revolución. Si las posibilidades de dominio de la burguesía están tan mediatizadas, ¿Por qué se aferra Disraeli al *status* anterior a 1832? ¿Prefiere correr el riesgo de una insurrección? Tal vez. La experiencia había demostrado que la fuerza estaba con el *Establishment*. Ni los levantamientos de 1780, ni las protestas más cercanas de los ludditas, Peterloo, las incursiones de Swing, y Rebecca, etc., lograron imponerse al orden establecido.

Por otra parte, Blake mantiene que la clase media estaba en proceso de ganar una lucha más decisiva a largo plazo que la de obtener una mayoría en los Comunes. Se trataba de dominar “the spirit of the age”, como él lo llama.¹⁴ El propósito era convertir a los demás estratos sociales a los ideales de éxito material, competitividad, aislacionismo (hasta que fuese un inconveniente), libertad religiosa, laboral, comercial, etc., todas ellas cualidades definitorias del *ethos* victoriano, como veremos más adelante. En *Sybil*, Disraeli da muestras de su reconocida sagacidad, exponiendo recurrentemente cómo esos valores han sido degradados en manos de los ca-

pitalistas, que someten la nación a la tiranía del beneficio. Puesto que el ingreso de la burguesía en Westminster significaba un paso definitivo para alcanzar la hegemonía económica, podríamos interpretar que para Disraeli la exclusión política de ese grupo era una medida de seguridad nacional. Creo que sólo así podemos comprender los términos apocalípticos con que se refiere al futuro del parlamentarismo inglés y a la condición del Reino en general:

One House of Parliament has been irremediably degraded into the decaying position of a mere Court of Registry, possessing great privileges, on condition that it never exercises them; while the other chamber [...] beleaguered by critical and clamorous millions, who cannot comprehend why a privileged and exclusive senate is required to perform functions which immediately concern all [...] Since the passing of the Reform Act the Altar of Mammon has blazed with triple worship. To acquire, to accumulate, to plunder each other by the virtue of philosophic phrases, to propose a Utopia to consist only of WEALTH and TOIL, this has been the breathless business of enfranchised England for the last twelve years, until we are startled from our voracious strife by the wail of intolerable serfage. ¹⁵

Recorriendo la bibliografía de Disraeli podemos encontrar contrastes bastante sorprendentes. Tras lo visto hasta ahora, al lector le asalta la incredulidad si se le asegura que la siguiente cita pertenece también al autor de *Sybil*. Se trata de un fragmento de *A Vindication of the English Constitution* (1835). En ella Disraeli enjuicia la política global que Peel acomete en su primer y efímero gabinete:

Instead of being an act of insincerity or apostasy, [Peel's policy] was conceived in good faith, and in perfect harmony with the previous policy of the party; it was at the same time indispensable and urged alike by the national voice and the national interests, and history will record it as the conduct of patriotic wisdom. ¹⁶

Al parecer del autor, la actuación política de Peel queda contenida dentro de los márgenes del partido Conservador. Nada prelude la enemistad de ambos políticos a causa de las Leyes del Grano. Quisiera dar un ejemplo más que me parece ilustrativo del consenso entonces existente dentro del partido. Un individuo tan retrógrado como el Duque de Wellington, para quien la reforma de 1832 consumaba una revolución silenciosa, se dirige a Peel en los siguientes términos:

You are determined to uphold the Protestant religion, the Church of England in Eireland as well as in England; you are determined to maintain the independence of the House of the Lords. ¹⁷

Si el héroe de Waterloo respaldaba la labor ejecutiva del nuevo líder conservador, no es factible que Disraeli tenga argumentos suficientes en *Sybil* para conven-

cer en su denuncia de la pérdida de influencia que sufre la Cámara de los Lores. Los diez años que separan esta obra de *A Vindication* nos ayudan a deducir el cambio experimentado en Peel. A pesar de sus raíces *tory* y su establecimiento entre la aristocracia, reconoció la necesidad de adaptar la política a las demandas de cambio exigidas desde fuera de Westminster. Detestaba el espíritu de la reforma, pero, al igual que Grenville, reconocía que no se trataba de una cuestión de mera filosofía política. Es cierto, como argumentaban los ultraconservadores, que su flexibilidad a las presiones industriales y mercantiles acabó con la unidad en el partido, amén de finalizar su carrera política. Mas es lógico suponer que si se hubiera aferrado al búnquer *tory* habría concedido “a perpetual monopoly of power to the whigs”, como señala Blake.¹⁸ Disraeli opta por subordinar la necesidad de cambio a la conculcación de unos valores políticos determinados. De ahí que en *Sybil* repulse a Peel como líder conservador:

But we forget, Sir Robert Peel is not the leader of the Tory Party; the party that resisted the ruinous mystification that metamorphosed direct taxation by the Crown into indirect taxation by the Commons [...] The party that ruled Ireland by a scheme which reconciled both Churches [...] a party that has prevented the Church from being the salaried agent of the State, and has supported through many struggles the parochial polity of the country which secures to every labourer at home.¹⁹

Si bien el rechazo a Peel aquí es de una claridad meridiana, la vehemencia de su discurso en *Conningsby* es mayor:

It had been the misfortunes of this eminent gentleman when he first entered public life, to become identified with a political connection which having arrogated to itself the name of an illustrious historical party, pursued a policy which was either founded on no principles whatever, or on principles exactly contrary to those which had always quided the conduct of the great Tory leaders.²⁰

Existe una incógnita que ningún historiador político o literario ha podido resolver. ¿Habría sido Disraeli tan duro en sus diatribas de haberle concedido Peel un cargo en su segundo y efímero gabinete? Recordemos que Disraeli se ofreció como ministro a Peel cuando éste formaba gobierno en 1841. Pero Peel declinó la oferta de Disraeli y éste no perdonaría ni olvidaría el desaire sin más. Esperó hasta 1842 para desatar su venganza, por medio de la política económica del Primer Ministro. La diferencia entre las políticas aplicadas en sus dos mandatos era más de gradación que de naturaleza. Habría que aguardar hasta 1846 para ver consumado el temido abandono de los intereses agrarios en favor de los industriales. Hacia esta última fecha Disraeli se va arrojando de los sectores que se sienten más perjudicados por la desgravación progresiva. Sus críticas son cada vez más agrias, y así crea el clima favorable a la ruptura del partido entre ‘puros’ y ‘peelistas’. Con ello se le brinda a

los liberales el mencionado monopolio perpetuo del poder (salvo algún ocasional gobierno de coalición) hasta 1874, el gran año de Disraeli.

Ese clima de inminente ruptura se puede apreciar en *Sybil*. El ocupante de Downing Street practica una política de irreconciliables y le aconseja a su secretario que sea “‘frank and explicit’: that is the right line to take when you wish to conceal your own mind and to confuse the mind of others.”²¹ Con tal arsenal dialéctico el Peel de *Sybil* pretende hacer converger intereses opuestos. A los propietarios rurales los convence de que la producción agropecuaria extranjera nunca podrá competir con la británica, pues no habría oferta suficiente para alimentar al país. Además, les quiere hacer entender que la reducción de las tarifas aduaneras queda compensada por la imposición del impuesto sobre la renta. Subrayemos que este impuesto (en otro pasaje se nos indica que gravaba un 3%) no arañaba las grandes fortunas. Podría parecer una medida revolucionaria para la época, pero si el impuesto iba acompañado de una reducción arancelaria sobre 800 artículos, muchos de ellos suntuarios (tal y como quedaba estipulado en el presupuesto de 1842), es fácil deducir que esas fortunas quedaban favorecidas.

Por el contrario, el “caballero de Downing Street” envía razonamientos opuestos a la comisión de industriales que lo visita. La reducción tarifaria provocaría un descenso del precio del pan (matización que se guardó de ofrecer a los terratenientes), o lo que es lo mismo, de los salarios. De esta manera se les compensaba por la imposición sobre la renta. El maquiavelismo de que hace gala este Peel imaginario pone de manifiesto la sospecha de Disraeli de que se estaban dando los pasos definitivos para la destrucción de la agricultura (es decir, la propiedad, la tradición y la historia inglesas) en beneficio de la industria, instrumentalizada por la oligarquía capitalista urbana. Con ello se instigaba la liquidación de los grandes principios conservadores. Ya en *Coningsby* había llegado a una conclusión similar:

Conservatism assumes in theory that everything established should be maintained; but adopts in practice that everything that is established is indefensible. To reconcile this theory and this practice, they produce what they call the best bargain; some arrangement which has no principle and no purpose.²²

Pero la acusación de Disraeli pierde validez. No porque la agricultura no se sacrificase en beneficio de las actividades industriales y comerciales. Lo que desacredita la condena vertida en estos pasajes es su propia actuación como gobernante. Ya en el corto gobierno de 1852 tuvo que reconocer implícitamente su incapacidad para tronchar el *fait accompli* que había dejado Peel. Como Ministro de Finanzas del gabinete Derby redactó un presupuesto que, si bien era inoperante por su ambigüedad y la fortaleza de la oposición, reconocía la superioridad que había adquirido la industria sobre los intereses agrarios. Así pues, Disraeli denuncia en su obra narrativa de la década de 1840 un hecho que no había terminado de

asimilar: la hegemonía burguesa. Se trata de una hegemonía que no sólo abarca la nación, sino que además rompe el compromiso imperial. Cuando en *Sybil* recrea la presentación de Victoria ante el Consejo del Reino, el narrador atribuye sendas cualidades a los estamentos allí representados: “The priests of the religion that consoles, the heroes of the sword that has conquered, the votaries of the craft that has decided the fate of the empires.”²³ Esta frase pudiera parecer inocua si no fuera por la manera en que Disraeli maltrata a aquellos que se enriquecen en las colonias. Sus dardos no van dirigidos tanto al hecho de que unos individuos hayan aprovechado la oportunidad de hacerse ricos mediante el comercio; eso condonaría su aversión al *laissez-faire*. Lo que rechaza es que esos estratos, luego de enriquecerse intenten el asalto a las posiciones de la aristocracia, donde se enquistan y contribuyen a la destrucción del ordenamiento social. En *Sybil*, John Warren ofrece el ejemplo más claro de asalto a los laureles por parte de la burguesía. Antiguo mesonero, viaja a la India para servir a un funcionario real. Allí consigue escalar lo suficiente como para hacerse rico especulando (¡con cereales!). La fortuna amasada es su mejor garantía para regresar a Inglaterra e imitar los modos y costumbres de la aristocracia, en la que aspira integrarse. Para ello compra propiedades rurales que le permitan acceder a Westminster. En el Parlamento se comporta como un analfabeto político pero a la vez como un magnífico especulador. Lord North premia su apoyo en el Parlamento nombrándolo baronet. Desde entonces Sir John Warren hace de su carrera parlamentaria un medio de consolidación de su ya apreciable poder, no importándole los móviles políticos. Contribuirá a sostener y más tarde desalojar del poder a Lord Shelburne (cuya dependencia de la clase media, según Disraeli, lo convirtió en “one of the suppressed characters of English history”²⁴) según le conviniera. Mientras tanto, burgo tras burgo cae en sus manos hasta que reúne media docena de escaños. Después de reformar los orígenes de su linaje (remontándolo hasta los días de la invasión normanda) deja expedito el camino a su descendencia para iniciar la escalada social definitiva. Los seis escaños que hereda su hijo son decisivos para otorgarle el poder a Canning. Este a su vez lo recompensa otorgándole el título de Conde de De Mowbray. Es digna de señalar la habilidad narrativa con que Disraeli muestra los subterfugios políticos, incluido el del lavado de sangre, que formaban parte de la vida política inglesa. Su comentario tiene mayor relevancia si observamos que sus actuaciones van dirigidas a toda la clase política, no distinguiendo entre facciones. Este Disraeli joven y por mucho tiempo miembro de la oposición no parecía entender los fundamentos económicos del imperio inglés. Antes al contrario, su ingenuidad lo lleva a crear a Warren como epítome de la corrupción engendrada en torno al Empire Office, cuyo poder mancha la esencia política de Inglaterra.

Por eso, uno de los argumentos centrales en *Sybil* es el de la pugna que mantienen la burguesía especulativa y la nobleza inmovilista por el control político. Las elecciones de 1837 brindan un ejemplo en el que se constata este pulso. La reforma electoral establecía que se disputase el escaño por Marbury. El aspirante por parte de los conservadores es Charles Egremont, el héroe del relato. Su madre, Lady Marney, está empeñada en que la familia siga teniendo una voz que la represente en el Parlamento. Es consciente de la competencia que encierra la candidatura liberal

que, supone ella con desprecio, recaerá en algún “monster of the middle class”²⁵ con poder material suficiente para amortizar la campaña. Justo lo contrario que ellos, que se ven obligados a endeudarse para alcanzar el escaño. El contrincante resulta ser un escocés que había hecho fortuna en China comerciando con opio. Con este candidato Disraeli critica la inconsistencia moral del liberalismo. El rival de Egremont, que representa el poder del dinero, pretende denunciar la corrupción existente dentro de una Inglaterra acotada por los monopolios. Su bandera es el libre comercio que, oportunamente leemos en el *Manifiesto comunista*, “derrumba todas las murallas de China y hace capitular a los bárbaros más fanáticamente hostiles a los extranjeros.”²⁶ Trascendiendo los límites temporales que nos impone *Sybil*, examinemos por un momento la evolución experimentada por Disraeli en lo que respecta a las guerras declaradas por su patria en nombre de la libertad comercial. Los burgueses liberales retratados en la novela parecen ser los únicos individuos beneficiados por el comercio del opio. Cuando se publicó *Sybil*, la Paz de Nankin llevaba tres años de vigencia. Resulta un poco extraño que en la obra sea sólo la burguesía la beneficiada en el comercio exterior, cuando lo cierto es que la Guerra del Opio había ocupado a gabinetes de distintas orientaciones ideológicas. De hecho, las condiciones leoninas del tratado final recibieron el visto bueno de Lord Alberdeen. Es lógico que el autor no haga mención de esta aventura en la novela. En tal caso habría incurrido en un anacronismo,²⁷ puesto que se está refiriendo a la elección de 1837. Pero no deja de llamar la atención que limite las ganancias netas a los burgueses, y de manera indirecta a la aristocracia semiarruinada que ha sucumbido al poder del dinero. Nada puede estar más lejos de los principios de Lady Marney. Yo planteo la posibilidad de contemplar al Disraeli de 1845 como el conservador que piensa que su partido (no el gabinete de Peel) todavía presume de una política exterior diferente de la liberal. Al igual que la Traición del Trigo, la especulación en las relaciones con las colonias muestra los devaneos del gabinete Peel.

Avancemos en el tiempo. El siguiente conflicto importante en que intervenga Gran Bretaña será la Guerra de Crimea. Allí el talismán inglés volverá a ser el libre comercio. En ese momento Disraeli, entonces líder de la oposición, muestra un apoyo incondicional al gobierno, que retira sólo cuando el conflicto ha finalizado. No debemos creer que su cambio de actitud se deba exclusivamente a resignación ante la prepotencia del capital. Los logros estratégicos y comerciales de sus antecesores serán puntos de apoyo desde donde él ampliará las fronteras del Imperio. Las relaciones con Turquía sembradas por Palmerston acabarán entregándole Chipre a Disraeli tras la siguiente crisis ruso-turca. Por su parte, los enclaves comerciales en Oriente constituirán el trampolín desde el que Inglaterra podrá hacer más afectiva su presencia en el Pacífico. La actuación de Disraeli a este respecto hace que, lejos de buscar una política conservadora propia, su diplomacia sea la genuina heredera de la que impulsara el liberal Palmerston. Irónicamente, los papeles políticos se trastocan: si Disraeli cree firmemente en el Imperio, su rival Gladstone es el defensor del aislacionismo.

Volvamos a *Sybil*. Los liberales, inmorales, capitalizan la figura de la Reina y la manipulan en sus pasquines electorales, emplazándola junto a la de su candidato:

“Vote for McDrugg and our young Queen”, a lo que los conservadores replican con “Vote for our young Queen and Egremont”.²⁸ El respeto de los *tories* hacia Victoria, situándola en la primera parte de su enunciado, despertó el amor de los electores por la tradición y les dio el triunfo. Quizás sí. Yo sin embargo preferiría hacer de Marbury un caso representativo de la mayoría de las disputas electorales, donde se detectaban algunas malas costumbres propias de la época anterior a la reforma. Como circunscripción electoral, Marbury debía estar sometida a las presiones de los terratenientes. Puesto que el voto no era secreto, la naturaleza humana se impondría a la vocación democrática. Con independencia del fervor de los electores de Marbury hacia la Reina, podemos tener sospechas de sufragio fraudulento, máxime si tenemos en cuenta el empeño de Lady Marney en estar representada en Westminster, así como sus conexiones con el aparato político.

Sea como fuere, el autor necesitaba el triunfo de Charles Egremont. Por las palabras y los actos de este personaje conoceremos el fantástico ideario político del primer Disraeli. Una fantasía ésta inseparablemente ligada al grupo conocido como *Young England*.

Más que una facción parlamentaria coherente, *Young England* constituía un grupo de jóvenes aristócratas conservadores que, elegidos en 1841, mantenían una postura común ante determinadas cuestiones políticas y sociales. Esto no obstante, no los eximía de enfrentamientos internos. Ocasionalmente Disraeli sentía contestada su oficiosa dirección del grupo. En líneas generales podríamos señalarlo como un reflejo pálido en el plano político de lo que significó el Movimiento de Oxford desde el punto de vista religioso, o el Renacimiento Gótico desde la óptica artística. Como punto de encuentro de escapistas y nostálgicos, *Young England* materializaba la reacción de una aristocracia que se insinuaba perdedora en el control de su sociedad, pero que a la vez estaba obstinada en rechazar una política de consenso cualquiera. Para ello sus componentes idealizaron una alianza entre la antigua aristocracia y la clase obrera, toda vez que la burguesía había pasado de aliada a hostigadora de los trabajadores. El planteamiento atraía a muchos que anhelaban el regreso de los tiempos preindustriales. Querían una Inglaterra libre de las contradicciones de la industrialización y de las trampas dialécticas del utilitarismo, cuyos resultados más notables se apreciaban en la Ley de Pobres de 1834 o en la virtual desaparición de los diezmos eclesiásticos en 1836. Sus ideas encontraban eco en *Blackwood's Edinburgh Magazine*, y fuera de Westminster su más eficaz y lúcido exponente era el economista David Robinson. Es necesario recordar que Robinson fue el primero en desafiar las leyes económicas clásicas con un conjunto de propuestas que hoy asociamos con Keynes: control público para asegurar el empleo, política monetarista, gasto público, proteccionismo, etc. Pero si la política económica nebulosa de *Young England* hacía de sus integrantes unos adelantados a su época, otros aspectos de su proyecto eran tan reaccionarios como los de los sectores más inmovilistas del Parlamento. Tal es el caso de su defensa a ultranza del mantenimiento del *status* de la Iglesia anglicana²⁹ o la inviolabilidad de la jerarquía social. Es fácil suponer por ello que aquellos conservadores que habían decidido abandonar el paternalismo

Tory y aceptaron la reforma de 1832 como mal menor ignoraran al grupo de Disraeli. Las posibilidades de llevar a cabo con éxito una alianza entre aristócratas y obreros eran nulas: casi nadie en Westminster estaba dispuesto a otorgarle el voto al proletariado. Cuando el propio Disraeli dio el sufragio a un sector obrero en 1867, hacía mucho tiempo que *Young England* había desaparecido. Era una defunción esperada. Como señalan Marx y Engels refiriéndose a aquella facción, “si alguna vez su crítica amarga, mordaz e ingeniosa hirió a la burguesía en el corazón, su incapacidad absoluta para comprender la marcha de la historia moderna concluyó siempre por cubrirlo de ridículo”.³⁰ Con todo, ese “socialismo feudal”, si bien no tuvo repercusiones políticas significativas, fue sintomático de un estado de conciencia agitado en un sector de la aristocracia conservadora. Tal y como apunta Disraeli, era el sector más valiente a la hora de rechazar el papel secundario a que había sido relegado su estamento, y su reacción se tradujo en denunciar las nuevas desigualdades sociales. Por eso Disraeli convierte a Egremont en el Virgilio de *Sybil*, llevándonos por las “dos naciones” modeladas por el liberalismo. Que las relaciones entre Peel y el autor hicieran que el contraste fuera todavía más maquiéutico, no es excusa para no pensar que, en efecto, una de esas “dos naciones” guardaba sus fronteras muy celosamente.

Uno de los argumentos que parecen darle la razón a Disraeli es la implantación de la nueva Ley de Pobres apenas tres años después de la reforma electoral. Si añadimos que el padre de esa ley, Edwin Chadwick, era uno de los discípulos predilectos de Bentham, entendemos mejor la condena que el autor hace del utilitarismo. Lo menos relevante en *Sybil* es que el propósito de la Ley sea provocar un proceso de movilidad social, destinado a ocupar en el Norte a la mano de obra desempleada del Sur. Disraeli prefiere incidir en la interpretación egoísta que hacen los patrones, sobre todo los industriales. Sin olvidar que Lord Marney, un terrateniente, explota a sus braceros hasta el punto de incitar a la revuelta, el narrador señala reiteradamente que es en el sector industrial donde el proyecto social que inspiraba la Ley de Pobres se paraliza en beneficio exclusivo de la ganancia empresarial. Una de las modalidades de explotación amparadas en la ambigüedad de la Ley es el pago en especie o en vales de compra. Otras son la reducción de salario por presunto absentismo y el cobro de alquiler descontado de la paga del obrero.

Nos comenta el autor como los patrones pagan a sus trabajadores no en líquido, sino con bonos canjeables en una tienda (propiedad del patrón) por productos sobretasados. En realidad esa medida significó una acumulación extra de capital en manos de los industriales, que —ilegalmente desde que se aprobara el *Truck Act* en 1831— así podrían acometer mayores inversiones. Aquellos que en la novela infringen la ley al respecto, argumentan que en el peor de los casos este método salva a los obreros de la mendicidad. A su vez los trabajadores lo prefieren a la sombría casa de trabajos.

Por su parte, la sanción económica deducida del salario, generalmente por impuntualidad en la llegada al dentro de trabajo (en los casos que menciona el narrador los retrasos nunca sobrepasan los diez minutos), era una medida de disciplina

laboral respaldada por la legislación. Un caso similar de deducción de sueldo es el elevado alquiler que los obreros pasan de manera obligatoria a su patrón, so pena de despido. El llamado *cottage system* significaba una reversión de las ideas orwenianas. Con una organización sindical debilitada después de las luchas de 1833, es fácil imaginar el provecho que los industriales menos filantrópicos obtenían en esa coyuntura tan favorable para sus intereses.

No es extraño, entonces, que el personaje más odioso en *Sybil* sea un industrial y comerciante, Master Joseph Diggs:

... A short, ill-favoured cur, with a spirit of vulgar oppression and malicious mischief stamped on his visage. His black, greasy lank hair, his pug nose, his coarse, red face, and his projecting tusks, contrasted with the mild and lengthened countenance of his father, who looked very much like a wolf in a sheep's clothing.³¹

Con este personaje Disraeli quiere mostrar hasta qué punto la legislación laboral puede distorsionarse en beneficio de la patronal. Generalmente Diggs paga en especie, en ocasiones rozando el absurdo, a no ser que lo entendamos con la lógica de la explotación. Sus obreros reciben por paga chalecos y más chalecos que empeñan en una tienda de su propiedad. Les paga, si no, con vales de compra canjeables en su almacén de ultramarinos, donde los precios son mucho más elevados que en otros establecimientos. Diggs contribuye a asentar el arquetipo de explotador que encontramos insistentemente en la narrativa inglesa y norteamericana, sobre todo en el naturalismo finisecular y el realismo social de la primera postguerra. Pienso que el expresionismo con que Disraeli retrata a este personaje es al mismo tiempo su comentario irónico acerca de la obligatoriedad con que los obreros tenían que aceptar ese tipo de paga mientras tal irregularidad estaba penalizada por la ley. Esa caricatura le resulta hartamente eficaz para especular acerca de las monstruosidades sociales creadas por el poder de la burguesía, comprometida solamente con el beneficio propio. Como en su día afirma G. Young:

The failure of the New Poor Law to fulfil its promise, the inevitable harshness of a new administration suddenly applied to a people with no idea of administration at all, the brutality that went on in some workhouse and the gorging in others, the petty tyranny of officials and the petty corruption of guardians, discredited the scientific Radicals and brought the sentimental Radicals to the front.³²

Esas palabras fueron escritas noventa años después de *Sybil*. Si Young, con la perspectiva temporal en que escribe y su favorable enjuiciamiento del liberalismo, habla en tales términos, ¿Cómo podría Disraeli disimular su repulsión hacia el *laissez-faire*?

El único empresario íntegro en la novela es Mr. Trafford a quien el narrador pone como modelo de buen patrón. Al igual que Egremont, Trafford era hijo segun-

dón de una familia aristocrática. Privado de las tierras y los títulos de su padre, el único camino que le quedaba era introducirse en el aparato administrativo del Estado. Pero él decidió organizar su descenso a la clase media ganándose la vida por iniciativa propia. Aprovecha los nuevos medios y relaciones de producción que su linaje había rechazado y se convierte en industrial. Al contrario que otros empleadores, Trafford quiere que las relaciones entre él y sus obreros trasciendan la compraventa de fuerza de trabajo. Su fábrica destaca por las excelentes condiciones higiénicas y de seguridad laboral, favoreciendo con ello unas relaciones humanas óptimas. Pero esos sentimientos filantrópicos están acompañados de una hostilidad paranoica hacia el movimiento obrero. Admite, por ejemplo, que Gerard sea su hombre de confianza, un trabajador ejemplar; pero a la vez lamenta que sea “wild in his ideas.”³³ Teme que el compromiso político de Gerard lleve a crear un clima de conciencia de clase en los trabajadores que, a su debido tiempo, incite a la subversión a pesar del relativo bienestar laboral que se disfruta en la fábrica.

Este Trafford idealizado por Disraeli es la otra cara del capitalista pseudo-owenita sobre el que Engels escribe en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Si el agudo observador de Barmen utiliza a los “fabricantes liberales” como argumento extra para desenmascarar la hipocresía de la cultura victoriana, el autor de *Sybil* toma a Trafford para seguir meditando acerca de la ética de la industrialización. En mi opinión, es significativo que Disraeli, enfrascado en la búsqueda de un líder que encaje en los moldes de *Young England*, remita la filantropía de Trafford a su origen aristocrático. En este industrial confluyen los principios de autoridad y propiedad característicos de la nobleza y los de eficacia y rentabilidad impuestos por los tiempos. De paso, la aversión de Trafford al movimiento obrero (en esto no difiere de ningún otro empresario) le sirve a Disraeli para poner de relieve el egoísmo de la clase trabajadora. Los acontecimientos de 1839 y 1842 estaban muy frescos en la memoria, y *Sybil* brindaba una oportunidad para la crítica anticartista; oportunidad de la que Disraeli no podía sustraerse. En líneas generales sin embargo, Trafford es un instrumento con el que el narrador persigue otras metas. Al presentarlo como la excepción al comportamiento mezquino de los nuevos ricos, Disraeli apunta más al conflicto entre clase media y aristocracia que al potencial revolucionario de la clase obrera. Para esto último utiliza otros recursos de los que me ocuparé más adelante.

El autor quiere darle una dimensión teatral al triunfo, no consumado pero sí virtual, de la burguesía. El mejor escenario que encuentra para culminar ese pacto es la iglesia de Mowbray. A pesar de la importancia demográfica del lugar, la parroquia no suele ser visitada por fieles obreros. Ellos estiman que la iglesia/Iglesia pertenece a sus antagonistas de clase. Quienes sí la frecuentan son los estratos que se disputan el control social: nobleza, burguesía ennoblecida y clase media. Esta última hace uso de los servicios religiosos para darse a conocer, imitando como puede los modos de los grupos de mayor abolengo. Este ritual se repite hasta lograr el reconocimiento final. Otro sector, ya reconocido, inicia el lavado de sangre a través de sus vástagos casaderos: tras la venia económica ineludiblemente llega la social.

Que el templo se preste como escenario para esas ceremonias le sirve al autor para censurar la connivencia de un sector de la Iglesia anglicana en el divorcio existente entre la Inglaterra rica y la pobre. Insiste en que el nuevo vicario de Mowbray, St Lys, tendrá que revelar un Dios desconocido a esa feligresía. Es interesante observar que la persistencia de esos mercaderes en el templo a quienes nadie podrá expulsar, es un correlato de la lucha por el poder político que tiene lugar en Londres. La pugna se decanta cada vez más nítidamente por los nuevos intereses. Los tenderos con mejor fortuna ya hacen cola para adquirir títulos de baja nobleza.

II

El que la clase media haya logrado adulterar la identidad nacional de Inglaterra no quiere decir que la aristocracia retratada en *Sybil* aparezca como mártir de una causa justa. Antes al contrario, nos sugiere que un sector sustancial de la misma contribuyó a la construcción de su mausoleo.

El problema más serio que Disraeli plantea respecto de la aristocracia es cómo hacer de ella un firme aliado de la clase obrera. Está más preocupada por mantener su *status* que por prevenir los abusos que la burguesía inflinge al proletariado. Ese papel, tan insistentemente proclamado por *Young England*, no encaja en la mayor parte de los personajes nobiliarios de la novela. Ellos no disponen del sentido de la tradición que Disraeli busca en su líder nacional. Generalmente son advenedizos que han falsificado sus orígenes y obtenido provecho de las diferentes oportunidades que le brindaba la variable situación política. Con anterioridad me he referido a la Casa de De Mowbray, cuyo *big bang* fue un afortunado viaje a Oriente. Otro buen ejemplo del ascenso social desde la nada lo representa la familia Egremont. A pesar del apellido (corrupción de "Greymount", dándole una morfología francófona), la historia de los Egremont no se remonta a los tiempos anglonormandos. Se sitúa en la época de la secularización eclesiástica llevada a cabo por Enrique VIII. El fundador de la familia, un tal Baldwin Greymount, era criado de uno de los favoritos del rey. De simple confidente pasó a convertirse en Comisionado Real para la expropiación de los bienes católicos. Sus servicios a la Corona fueron recompensados con un pequeño patrimonio que con el tiempo tomaba mayor emvergadura. Y así como se ampliaban los bienes materiales de los Greymount/Egremont aumentaba su influencia cerca del monarca de turno. Ya en los tiempos de Jacobo I el primogénito de los Greymount se hacía llamar Barón Marney. Si bien durante la Guerra Civil se vieron obligados a luchar en el bando perdedor, el Lord Marney de 1688 era un *whig* exaltado. La explicación radica en que Jacobo II proyectaba emancipar a los católicos, y con ellos restituirles los bienes eclesiásticos. Pero el que Lord Marney fuese un *whig* exaltado no quiere decir que sus convicciones estuvieran todo lo firmes que era de esperar: al mismo tiempo que apoyaba a los Orange man-

tenía correspondencia secreta con el rey exiliado en Francia. Se podría decir que esta doble moral pasaría a formar parte de la constitución genética de los sucesivos señores de Marney. La aspiración por acceder al ducado los distanciará de los *whigs* y los unirá a Burke. Así se inicia la carrera *tory* de la familia.

A largo plazo ése fue un paso desafortunado. En 1832 marca el final de las aspiraciones de muchos aristócratas. Lady Marney, la madre de Egremont, es uno de los muchos nobles que no supieron perder. Disraeli propone a Lady Marney como una genuina representante del conservadurismo alejado de la realidad descubierta con la reforma electoral. Da muestras de ceguera política cuando, al ser rechazada la Ley en una primera lectura, ofrece un baile a la pequeña burguesía del lugar, como consuelo por su fracaso intento de irrupción en el Parlamento. Llama la atención que en las circunstancias políticas que vive Inglaterra, Lady Marney sea tan ingenua como para no sospechar del peligro que supone tener a Lord Marney a la cabeza del gobierno. Ella, que estaba al tanto de todos los movimientos e intrigas alrededor del Premier y sus secretarios, debió haber temido que un liberal en el poder se viera obligado a ampliar su franja electoral, so pena de incurrir en la tan temida revolución. Independientemente de la defectuosa delineación que Disraeli hace de la trayectoria de este personaje, el calificativo de traidor que le otorga a Lord Grey es un botón de muestra de la histeria desatada en determinados círculos conservadores en torno a 1832. La carta que ella le envía a su hijo para informarle de los acontecimientos es otro medio que utiliza el autor para ridiculizar los temores de lo que él llama “pseudo Tories”. Tal es el miedo de Lady Marney, que los términos de su misiva nos recuerda los sucesos de la Francia jacobina:

All property would be instantly confiscated, the poor deluded king led to the block or sent over to Hanover at best, and the whole of the nobility and principal gentry, and everyone who possessed anything, guillotined without remorse. ³⁴

El toque irónico con que Disraeli muestra la inquietud de esta dama, no obstante, no debe hacernos olvidar los acontecimientos en favor del reconocimiento político de la burguesía que se reproducían en Europa simultáneamente al tiempo narrativo. Lady Marney tiene en su memoria los acontecimientos de 1792-3, y tal comparación es una hipérbole. Ahora bien, recordemos que las referencias de Lord Grey, de las que me ocupé páginas atrás, estaban cronológicamente muy cercanas a la revolución orleanista. Tampoco se encontraba demasiado lejos de la más cruenta revuelta decabrista. Podemos entender mejor el sentimiento de desasosiego de Lady Marney si lo situamos en ese contexto. Quizás lo que hiciera más mella en conservadores como Lady Marney fuera el carácter relativamente repentino (“revolucionario”) de la nueva ley electoral. En ese punto comparto la opinión de Eric Hobsbawm: las dificultades que se les presentaba a partir de 1832 eran más aparentes que reales, sobre todo si se comparan esos años con el medio siglo anterior, edad de oro de la oligarquía rural. ³⁵

Los aristócratas inmovilistas como Lady Marney interpretaban a su manera la Biblia que les había escrito Burke, *Reflections on the French Revolution* (1790), y se reafirmaban egoístamente en la destrucción de todo aquello que desafiara la jerarquía social, la Iglesia de Inglaterra, la ley y el orden. Después de 1832 formarían el sector más retrógrado de los *tories*, defendiendo a ultranza los derechos de la tierra. Paradójicamente y pese al rol casi bufonesco que les dispensa en *Sybil*, ellos serán la clientela política más estable de Disraeli durante su enfrentamiento con Peel. Su héroe comprensivo y gobernante para todos probablemente habría optado por una línea más moderada, línea a la que más tarde se adscribiría el Primer Ministro Benjamín Disraeli.

Pero mucho antes que esto ocurriera, Disraeli necesitaba ridiculizar a la nobleza que se negaba a cumplir su misión como árbitro de la sociedad inglesa. Lady Marney no es el único miembro de la aristocracia preocupado por el futuro de su condición. Sir Vavasour Firebrace es el personaje más peripatético en *Sybil*. Sueña con el regreso de tiempos y costumbres que ya han pasado al recuerdo. Pero no en el sentido defendido por el narrador. A lo que Sir Vavasour Firebrace aspira no es a doblar la agresividad económica y política de los industriales. El busca la restitución del baronesado, un cuerpo nobiliar retenido desde el reinado de Guillermo IV, con la complicidad de los miembros ya establecidos. Sir Firebrace es uno de esos *tories* que viven de la gloria pasada y no aciertan a comprender que en sí, el estamento ya no es fuente de poder. De ahí que exprese su inquietud ante el papel que adopte Victoria. Pide que se rectifiquen los cambios introducidos en el reinado anterior y que una asamblea de notables (“her best friends”³⁶ la asesoren. Se sobreentiende la crítica de Disraeli a las camarillas de las que se habían rodeado los monarcas anteriores.

El ingenuo Sir Firebrace pretende influir en las decisiones de la Corona. Con ello cree resarcirse del agravio causado por las corruptelas que caracterizaban a los Hanover. Y Victoria ha decidido no ampliar el número de lores entre la realidad de una Cámara Alta masificada con los adictos y los clientes de los reformistas. Tampoco está dispuesta la Reina a otorgar nuevos títulos nobiliarios de forma indiscriminada, debido a la devaluación de los mismos. Así que los *tories* se ven en serias dificultades para llevar nuevos pares al Parlamento, y Sir Firebrace tendrá que esperar mejores tiempos. Será Baptist Hatton, el investigador de linajes (diseñador y destructor de casas nobiliarias) quien le abra los ojos a la realidad. En alguna ocasión Firebrace insinúa que se conformaría con exhibirse alrededor de Westminster haciendo gala de su parafernalia medieval, sin prerrogativas económicas ulteriores. Pero Baptist Hatton le hace entender que la nueva élite gobernante, luchando contra la entrada de más radicales en el Parlamento, no está dispuesta a permitir los delirios de grandeza (insolentes cuando no provocadores) de una nobleza económicamente subordinada: “No one could expect, in an age hostile to personal distinctions, that any ministry would recommend the Sovereign to a step which by vulgar minds would be odious, and by malignant ones might be rendered ridiculous.”³⁷ Desde entonces Sir Firebrace se siente forzado a aceptar el papel secunda-

rio en que la historia ha relegado su estamento. Esta es una razón de peso para que él y todos los que como él han visto menospreciados sus orígenes, detesten al gabinete por su traición a las tradiciones y al orden social. Egremont se escandaliza ante los delirios de grandeza de Sir Firebrace. El *esprit de corps* de esa nobleza reaccionaria induce al héroe a liberarse de la ignorancia que sufre su clase respecto de la realidad que lo rodea. A partir de su encuentro con Sir Vavasour Firebrace, la ineptitud que observa en la aristocracia obrará de catarsis en la formación política de Charles Egremont.

Ocasionalmente Disraeli se refiere a la inmoralidad del voto plural muy ligado al absentismo de los terratenientes. A partir de la reforma de 1832 el voto plural no es sólo una cuestión ética, sino también un problema político. Según sea la habilidad del propietario de esos escaños, así será el comportamiento electoral de los burgos. De ese modo el voto plural se convierte en un arma de doble filo. Disraeli exagera el poder de los electores, ignorando su subornación a los deseos del señor. Nos pone un caso extremo para ilustrar cómo la reforma ha logrado que la iniciativa política dependa cada vez menos de los burgos. Así, la pequeña pérdida de influencia que experimenta Lord Muddlebrains (= Descerebrado, nótese el apellido dickensiano) en sus pagos. La autoridad e influencia de que presume en Londres contrasta con el fracaso político que sufre en sus *boroughs*, donde han llegado a elegir un diputado radical.

Lord Muddlebrains, Sir Firebrace y Lady Marney son tres exponentes de uno de los extremos del espectro *tory*. Estos ultraconservadores, fuera del texto representan el apoyo popular de Disraeli en su inminente *armageddon* con Peel. Pero en Sybil, mientras la idea inviable de *Young England* aún se tiene en pie, Charles Egremont marca las distancias con esos personajes cegados por su egoísmo estamental.

Con todo, si Egremont tiene que deslindarse de los ultras, también ha de marcar sus diferencias con el otro extremo de la aristocracia, el de aquellos que persiguen su integración en las nuevas castas triunfantes a cualquier costa, con el fin de perpetuarse en el poder. Ellos ponen como dote su apellido. Disraeli ejemplifica esta metamorfosis social de la aristocracia con Lady St Julians. Personaje cínico e intuitivo de la dinámica de Westminster, St Julians intenta una coalición entre uno de sus hijos y algún nuevo rico que se preste. Tal unión es simbólica: a la familia le costaría menos dinero tener una voz en el Parlamento. Por su parte para el burgués éste será un modo rentable de participar en política. Comparando esta simbiosis de honor y dinero con las ideas de Lady Marney en lo que se refería a la intromisión de la clase media en política, podemos asumir la equidistancia en que Disraeli quiere mantener a su héroe respecto de los extremos que sendas damas representan. El optimismo de Lady St Julians no es la alternativa más válida a la preocupación de Lady Marney. Habiendo rechazado un programa inmovilista exhausto, tampoco acepta Egremont una hipotética alianza entre burguesía y aristocracia. Nada estaría más alejado del binomio nobleza-trabajadores del que presumía *Young England*.

En este apartado merece la pena remitirnos a la oposición que hace el autor entre el etéreo Charles Egremont y su hermano Lord Marney, heredero de la fortuna

acumulada por Baldwin Greymount y sus descendientes. La afirmación helvética de Lord Marney en la perpetuación de las ideas tradicionales, hace que el Lord Marney público sea un personaje obstinado en el mantenimiento del *status quo* social de Inglaterra. Pero a diferencia de otros aristócratas (su madre, por ejemplo), que sienten con pánico la progresiva toma del poder por parte de la burguesía, Marney es una persona arrogante. No está exento de contradicciones: empeñado en la superioridad de su orden, no duda sin embargo en llegar a compromisos con los capitalistas si ello le reporta beneficios económicos.

Quizás el ejemplo más claro lo ofrezca el paso del ferrocarril por sus propiedades. Al igual que Lord De Mowbray, se opone a la expansión de las vías, debido a las barreras mentales que tal hecho puede dismantelar. Su amenazado dominio como clase peligraría. Pero las perspectivas de ganancias económicas llevan a Lord Marney a adoptar una postura de indecisión, sintomática de su aceptación tácita de las reglas económicas fijadas por la burguesía industrial: "Railroads are very good things, with high compensation [...] and manufactories not so bad with high rents."³⁸ Al cotejar las posturas defendidas por Lord Marney y Lord de Mowbray respecto al ferrocarril reaparecen los dos extremos ideológicos que al parecer de Disraeli minaban el pensamiento conservador: Lord Marney es tan liberal que acepta un compromiso con los capitalistas. No encontraremos una sola frase de este personaje elogiando la invención del ferrocarril como medio de transporte. Lo que priva es el beneficio obtenido. Por su parte, Lord De Mowbray es tan reaccionario que se niega a utilizar el tren bajo concepto alguno. Hacerlo significaría sucumbir ante la subversión social. La leyenda que circula acerca del encuentro fugaz entre una condesa y un convicto por robo, sentados frente a frente en un vagón, demuestra que la división estamental corre el peligro de ser borrada. Por eso Lord De Mowbray viaja en carruaje, con lacayos y todo, para reafirmar ridículamente su primacía social. Pero no pensemos que este aristócrata no está contaminado por los valores de la clase media. Aunque él no lo quiere reconocer abiertamente, gran parte de sus rentas provienen de las fábricas establecidas en sus pagos.

Lord Marney participa de la sensación de *débâcle* en que está sumido su estamento. La dureza exterior con que pretende hacer valer su autoridad sobre la plebe, independientemente del poder económico de ésta, contrasta con un íntimo convencimiento del proceso de descomposición social desencadenado en la aristocracia. De ahí la necesidad de rodearse de parásitos sociales que lo adulen: el Capitán Grouse, y el Reverendo Smithey representan a sendos sectores de la administración y del clero que perecen con el antiguo orden. Grouse se amolda a la tradición castrense de los Egremont: los militares nacidos en la familia sólo tuvieron un papel relevante en América, donde fueron derrotados. La vida ociosa del Capitán Grouse en Marney refleja la relación que ha existido entre los Egremont y la milicia y el Estado.

El caso de Smithey toma otro cariz. Como vicario de Marney, se encuentra ante un dilema. Aunque depende por completo de la voluntad de Lord Marney, siente la obligación moral de ayudar a los más desamparados de su parroquia. Por eso, a

pesar de la invariable negativa de su señor, propone con insistencia la creación de una escuela dominical. Nada puede estar más lejano de la mente de Lord Marney que la educación de sus braceros. Eso traería consigo la expansión del librepensamiento. Por comparación con Smithy podríamos mencionar la actitud del nuevo vicario de Mowbray, St Lys. Su postura ante la cuestión social lo enfrenta a terratenientes e industriales. Como este cura escapa a su influencia, los poderosos lo acusan de ser un peli-groso radical. Aquí encuentra Disraeli una excusa más para denunciar los nexos establecidos entre algunos sectores de la Iglesia anglicana con el poder político de la nobleza y el económico de la burguesía. Lord Marney se siente particularmente escandalizado por la amistad existente entre su hermano y St Lys, habida cuenta que Egremont había sido eriviado a Westminster como un conservador no reformista, y por eso debe velar por los principios que St Lys parece querer destruir.

Como tal *tory*, Egremont es contrario a la Ley de Pobres. ¿Por qué se encuentra Lord Marney tan satisfecho con ella?'Según éste afirma taxativamente, Peel se verá obligado a apoyar esa medida liberal, pues de otro modo perdería el apoyo de la tierra. Con esa inverosimilitud Disraeli muestra cómo los propietarios rurales han caído en la trampa tendida por los intereses industriales. A la vez, premia la honestidad de Egremont, quien según su hermano adolece de ingenuidad política.³⁹ La desaparición del impuesto para el subsidio de los pobres, que recaía principalmente en los hacendados, hacía que también estos apoyasen la Ley. Ahora bien, si hubo un momento de convergencia entre terratenientes e industriales, fue efímero. Más tarde la caída de aranceles sobre las importaciones, lejos de ligar el capital con la propiedad rural, pondría a los industriales en una posición muy cómoda, mientras por el contrario los nobles sin otro respaldo económico que el de la tierra terminaban en la ruina. Disraeli mató a Lord Marney antes que éste pudiese intuir lo que se avecinaba. De ahí que se sienta satisfecho con la actuación de Peel. Utiliza la legislación en la medida que satisfaga sus intereses como terrateniente, extrayendo el máximo rendimiento de sus trabajadores con el menor costo posible. Pero su adicción a la Ley queda mediatizada cuando ésta afecta a la integridad de la propiedad de la tierra. Para Marney el reparto de parcelas entre sus braceros es un desafío a la propiedad. En este caso él es un ejemplo de por qué la Ley de Pobres fue un fracaso relativo como integrador social. Si el espíritu de la Ley encerraba atisbos de movilidad social, la actitud de hombres como Lord Marney paraba cualquier cambio estatutario:

He was tremendously fierce against allotments, and analysed the system with merciless sarcasm. Indeed he had no inconsiderable acquaintance with the doctrines of the economists, and was rather inclined to carry them into practice in every instance, except that of the landed property, which he clearly proved stood upon different grounds from those of any other interests. There was nothing he hated so much as a poacher, except a lease.⁴⁰

Podemos descubrir nuevos elementos que delatan la encrucijada en que ha entrado el estamento de Lord Marney. Por un lado, acepta las doctrinas liberales en cuanto permitan la explotación que tiene lugar en sus propiedades. Cuando St Lys se sorprende por el salario bajísimo que paga (de siete a ocho chelines a la semana), Lord Marney se refugia en el dogma ricardiano del reparto del salario entre el número de trabajadores. Asimismo aduce la superioridad de la calidad de vida del campesino respecto del obrero fabril. Su adopción del liberalismo económico convive con una mentalidad señorial: se cree investido con autoridad para ordenar la demolición de las cabañas donde se hacinan los trabajadores, con el fin de evitar la llegada de nuevos individuos. Esta es su fórmula para regular la inmigración. Es consciente de que la llegada de nuevos brazos puede volverse contra sus intereses como patrón. Al principio recogía a los inmigrantes con beneplácito, pues la abundancia de mano de obra redundaba en su mayor rendimiento de sus tierras. Aquí termina la mentalidad capitalista de Lord Marney. Los incendios en sus graneros indican que esa política es muy peligrosa. Su negativa a cambiar las condiciones laborales de los hombres y mujeres que trabajan para él, le hacen preferir el viejo sistema de aparcería. Lord Marney se convierte en malthusiano precisamente por no acometer las modificaciones prescritas por Malthus. Frente al papel como innovador e inversor que éste le reservaba al terrateniente, la actuación de Lord Marney persigue unos fines netamente suntuarios. Para él es un axioma que el mejor trabajador es el peor pagado. Los primeros incendios significan un golpe a su autoridad. De ahí su obstinación en explicar los sucesos, primero como accidentes, y luego como obra de elementos foráneos a sus jornaleros. Cuando los sabotajes se generalizan sus intereses de clase coinciden con los de los industriales: es necesario establecer un cordón sanitario que aisle a sus hombres de las influencias cartistas.

En esta situación de violencia protagonizada por los terratenientes y capitalistas urbanos por una parte y los obreros por otra, Disraeli pone a hablar a Egremont. Así comienza este personaje a exponer el programa político del autor. A pesar de la situación explosiva que Lord Marney se obstina en mantener en su propiedad, Egremont rechaza el recurso a la violencia. Su propuesta es un contrato entre las clases sociales, no un cambio de régimen. De ahí que argumente que si el grano se quema los más perjudicados serán los mismos aparceros. Las palabras de Egremont parecen convincentes a primera vista. Pero ocultan que la naturaleza de la acción violenta, acaso desesperada, es denunciar el abismo existente entre las ganancias de un hacendado protegido por las Leyes del Trigo y el salario que recibe una población explotada económicamente y oprimida políticamente debido a la interpretación que recibe la Ley de Pobres. El pasaje se centra en torno a la crisis de 1839, cuando la picaresca de los terratenientes se aprovecha de la llamada 'escala descendente' de la Ley del Trigo de 1828. Tanto en el tiempo narrativo como en el real de la publicación de la novela el plan representaba un porcentaje abrumador en el presupuesto familiar. Pero Egremont, conservador, partidario del mantenimiento de los aranceles y sobre todo, portavoz de Disraeli, no puede justificar la violencia del lado de los trabajadores.

Es lógico que Egremont no ablande el corazón de su hermano en lo que se refiere a la condición de los jornaleros de Marney, en un momento en el que peligraba la estabilidad de los aranceles agrícolas. Las palabras de Lord de Mowbray sugieren el escándalo que se adivinaba en la política económica de Peel: "They will never be satisfied till they have touched the land."⁴¹

Las presiones de los terratenientes sobre el *Premier* para mantener los impuestos agrarios eran cada vez menos eficaces en la medida en que aumentaba la fuerza de la Liga Antigrano. El mismo año que se funda la Liga, Lord Marney cree que la reforma arancelaria consistirá en una reducción de un 25%. No vivirá para comprobar que la medida será mucho menos conservadora. La convicción de Egremont de la necesidad de mantener la primacía de la aristocracia rural como garantía del bienestar de la clase trabajadora es un eco de lo que Disraeli proclama en esos mismos momentos desde su escaño. *Sybil* puede ayudarnos a entender que el disenso entre Peel y Disraeli llegó a un punto sin retorno a partir de la abolición de 1846. A pesar de las críticas vertidas a lo largo de la novela, el autor adopta al final un tono conciliador con Peel. Un año después de publicarla, Disraeli se rodea de la extrema derecha del partido para acusar al Primer Ministro de haber provocado la muerte de Canning.

Cuando Egremont apela a su hermano por un mejoramiento de la condición de los trabajadores —a pesar de las dificultades por las que están atravesando la tierra— lo hace en nombre de *Young England*. Al concluir que es necesario un equilibrio entre la patronal y la parte social, ha ablandado los principios en que había sido educado. Desde su infancia Egremont había absorbido las estructuras mentales de la aristocracia rural: su teoría del Estado estaba constituida por una conjunción de *rotten boroughs*. No sólo era legítimo sino moralmente positivo considerar los privilegios económicos de su clase como derechos inalienables. Para conducir a un personaje hacia un cuestionamiento de su *status*, Disraeli utiliza un recurso tan poco intelectual como es un desengaño amoroso. El cambio de aires le hace reconocer a Egremont que la educación recibida en su infancia fue parcial, útil únicamente para mantener el círculo vicioso de ignorancia y falsa superioridad que mantiene su grupo social. Gracias a su periplo conocerá lo que piensa y siente el enemigo común de hacendados e industriales: el proletariado, o como gustara decir Disraeli, el Trabajo.

III

Disraeli utiliza varias voces para mostrarnos su visión de la clase obrera así como la opción que él defiende para mejorar la condición de aquella. Philip Warner representa al artesano rural proletarizado. De sus labios conocemos los distintos pasos que lo han llevado a él y a otros "six hundred thousand subjects of the Queen"⁴² hasta su actual situación de indigencia. Llegar a la ciudad significó la enajenación

de su antiguo medio de vida. Como él afirma, de ser dueños de sus telares, pasaron a convertirse en manipuladores de máquinas ajenas. La cada vez más abundante mano de obra disponible y la progresiva mecanización hacían que su antigua actividad resultase irrelevante: para los efectos, Warner era un obrero igual de cualificado que una mujer o incluso un niño. Una vez más Disraeli coincide con los socialistas científicos. Hace uso de Warner para reflexionar acerca de la naturaleza alienante de la división del trabajo surgida con la industrialización.

Con todo, los fines perseguidos por el autor se alejan de un examen sociológico. Como veremos más adelante, su moraleja deriva hacia la viñeta histriónica que conmoviera al simpatizante conservador. El poder adquisitivo de Warner lo obliga a prescindir de muchas comodidades. Su situación empeora hasta el punto que en el momento de la narración no le queda ni siquiera comida para su familia. Esta escena melodramática hace todavía más escandalosa la separación entre las “dos naciones”. El proceso final de la caída del artesano será su conversión en “esclavo”. Warner justifica este término al señalar la consideración infrahumana que el patrón tiene de sus trabajadores, toda vez que demuestra más cariño por sus animales domésticos. Este desprecio no es tanto producto de la alevosía como de la hipocresía burguesa, como estimaba Engels en su estudio de Manchester. Remitiéndonos a la opinión de John Frow, esa doble cara de la patronal obedece a la dicotomía semántica existente en aquella ciudad,⁴³ que en realidad es consustancial con la urbe capitalista que la que Mowbray es un buen ejemplo.

Pero Warner se le escapa de las manos a Disraeli. Así lo ilustra la comparación que el personaje establece entre los artesanos y la nobleza francesa, ambos elementos propios del Antiguo Régimen. Los primeros han perdido toda esperanza de ver restituidos sus derechos. No así aquella aristocracia. El conicerto de intereses del Congreso de Viena restablecía a los Borbones y les devolvía la mayor parte de los derechos perdidos durante la Primera República. Al elegir a un personaje como Warner para exponer la condición de un sector de la clase obrera, Disraeli incurre en la necesidad de hacer constar la lucha de clases como método válido para devolver a los artesanos el *status* perdido. La amenaza tecnológica los arrastraba hacia posturas radicales que el autor no tuvo otro remedio que reflejar. Como líderes de las organizaciones obreras los artesanos se convertían en abanderados del radicalismo. La naturaleza de su profesión los hacía anticapitalistas, y de la reivindicación de la posición social perdida pasaban a la exigencia de los principios de libertad e independencia en una sociedad donde la técnica no fuera instrumento exclusivo de la clase dominante. Semejante utopía se demandaba precisamente en el momento de mayor desamparo social. He ahí el carácter subversivo de las palabras y los actos de Warner. A medida que avanza la obra, Disraeli desacredita las ideas y los gestos de este personaje. Pero en la presentación del mismo, el autor aprovecha una nueva oportunidad para condenar el *laissez-faire*. La alianza entre jornaleros y aristócratas parece justificar tal laxitud. Es Warner quien denuncia del modo más contundente el argumento peregrino de la provisionalidad de la injusticia social. La localización de

la riqueza engendra, como es lógico deducir de una sociedad dual, la concentración de la miseria:

If a society that has been created by labour suddenly becomes independent of it, that society is bound to maintain the race whose property is labour, out of the proceeds of that other property, which has not ceased to be productive. ⁴⁴

Warner coincide con otro personaje obrero en la novela, Gerard. Este acusa al liberalismo de extender la falacia de que la clase obrera se encuentra mejor que en cualquier otra época. La explotación continúa, sólo que ahora de manera distinta de como se llevaba a cabo en épocas anteriores. La disyuntiva conquistadores/conquistados nace a raíz de la invasión normanda (que Gerard utiliza metafóricamente en toda la obra) no ha muerto. En el momento de la narración los conquistadores son el conjunto de terratenientes, industriales y financieros, y el grupo de los conquistados lo compone la clase trabajadora. Contrariamente a lo que afirman los grupos en el poder, la distancia entre unos y otros aumenta con el tiempo. Las crisis de sobreproducción y las epidemias cíclicas se ceban sólo en los asalariados. De ahí que Gerard se decante por la acción directa para combatir los supuestos políticos que sostienen que el proletariado se beneficia de la plusvalía.

Disraeli tuvo la suspicacia de incluir un elemento discordante entre estos dos personajes. Con ello refuta la idea de la unidad granítica de la clase obrera. Gerard sólo puede ofrecer su trabajo. En ese sentido es un proletario. Warner, no. A pesar de la situación acuciante, de las súplicas de su mujer, de la evidencia de recibir menos ingresos que un obrero fabril cualquiera, Warner sigue desempeñando su ocupación artesanal. Por encima de las simples (pero a buen seguro convincentes) ventajas económicas del jornalero, Warner todavía cree en su obsoleta condición de artesano, que lo desclasa del proletariado. Por ese motivo el telar manual con que trabaja ocupa el centro de la pieza que habita, y no sólo en el sentido de ubicación física. El telar es el recordatorio de su cualificación laboral. Pero la posición no le reporta ni siquiera la autoridad en el seno familiar, ya que su hija ha abandonado el hogar para ganarse la vida como asalariada.

Disraeli actúa como burgués gentilhomme cuando nos enseña las condiciones de vida del proletariado rural de Marney. Aparte de las similitudes formales señaladas al principio, *Sybil* y *La situación de la clase obrera en Inglaterra* mantienen algún que otro punto común en sus observaciones respectivas. La semejanza es especialmente llamativa en dos aspectos: la explotación en el lugar de trabajo y las pésimas condiciones higiénico-sanitarias en “that squalid hovel which profaned the name of home”. ⁴⁵ El comentario acerca de la política social llevada a cabo en Marney ofrece nuevas excusas a Disraeli para ensañarse con el liberalismo económico. Tiempo atrás los agricultores de Marney habían sido empleados en otros sectores que coyunturalmente proporcionaban mayores beneficios. Así, la fábrica instalada en el lugar durante las guerras napoleónicas. Su producción era estimable, estimula-

da por la autarquía generada durante el bloqueo. Con la paz el final del autoabastecimiento hace que la factoría ya no sea rentable. Los obreros, desempleados, acuden al sector agrícola, donde aceptan salarios diezmados por la oferta de mano de obra. A ello se le sumará más tarde la fiereza de la Ley de Pobres. Tras la jornada de trabajo, el aparcerero comparte los escasos metros cuadrados de su cubículo con una familia numerosa. Pero cuidado, los campesinos de Disraeli son seres honestos. Mientras Engels disculpaba las aberraciones sexuales que se cometían en semejante atmósfera, las virtuosas madres de Marney se retuercen de dolores de parto.

Su estudio de Marney, sin duda heterónimo de las poblaciones del norte de Inglaterra que visitó en 1844, no llega a ser un análisis; se queda en simple boceto a medio camino entre la ficción y la crónica, pero con el efectismo del primer Dickens. No es tan audaz Disraeli al denunciar una situación social injustificable. Incluso los propios liberales estaban reconociendo el panorama humano desolador que había dejado el proceso de industrialización. El mismo diseñador de la Ley de Pobres, Chadwick, hacía un llamado a la conciencia social sobre el asunto. Su *Report on the Sanitary Condition of the Labouring Population* (1842) recoge la inquietud ante la degradación física y moral del proletariado inglés. Dentro del mejor estilo evangélico del siglo XIX, Chadwick señala que “the annual loss of life from filth and bad ventilation are greater than the loss from death or wounds in any wars in which the country has been engaged in modern times.”⁴⁶

En sus observaciones sobre Marney, Disraeli insiste en ensalzar la utopía agraria de *Young England*. Las estampas disraelianas casi invariablemente sitúan al campesino en una posición moral superior respecto del proletariado urbano. Asocia la promiscuidad con los habitantes pobres de las ciudades y enfatiza el entorno suburbano del lumpen. Sybil, como heroína preferida del favorito de Victoria I, tiene sus raíces en el campo. No deja de ser sorprendente, sin embargo, que en medio de la situación prerrevolucionaria que se vive en Marney sus hombres y mujeres conserven la honestidad.

Las palabras de Chadwick que cité líneas atrás, aún adoptando un tono condecoratorio de las imperfecciones del sistema económico, adolecen de la ambigüedad de la ética protestante. La miseria de los suburbios y las aldeas, ¿Eran producto de un sistema injusto o de la ineptitud de quienes no aprovecharon la igualdad de oportunidades? Disraeli parece tener la respuesta más o menos clara cuando escribe *Sybil*, no tanto cuando pasa a gobernar. Incluso en la novela contempla dos tipos de pobreza. La de Sybil y su padre es una pobreza nacida de la injusticia; la del Soho no tiene remisión. Entre uno y otro extremo Disraeli juega con una casuística de la miseria en la que si bien se pone de parte de lo que sufren, no deja de experimentar una cierta tranquilidad cuando logra que alguno de sus personajes ascienda hasta los peldaños inferiores de la clase media. Disraeli, pues, confirma la relación existente entre gracia divina y poder material por un lado, y caída y fracaso social por otro. Al fin y al cabo éstos ya no eran valores exclusivamente burgueses. Victoria había decidido patrocinarlos toda vez que a la influencia de Melbourne se sumaba más adelante la de un oscuro príncipe alemán.

Sabemos que Disraeli nunca contradiría a su monarca. Pero en aras de su proyecto utópico se siente obligado a atacar la superestructura ideológica de la burguesía. Para ello se vale de razonamientos religiosos que pueden resumirse en el siguiente: es inmoral dejar el undécimo mandamiento en suspenso hasta que todos puedan participar de la riqueza generada por la nación. Esa excepcionalidad es la que, por ejemplo, muestra la Ley de Pobres no como un instrumento para ayudar a los más desfavorecidos, sino para castigar a los socialmente fracasados. Gerard tiene en mente ese argumento cuando acusa al protestantismo de tipificar la miseria como delito y llenar de pobres las cárceles y los recintos de trabajo forzado. La casa de trabajos es, según él, el monasterio de la Revolución industrial. Su móvil religioso no es el amor fraterno, sino la redención del individuo mediante el trabajo y la frugalidad. Mas la mayoría no logrará salvarse, pues recurre al vicio. Disraeli pretende ser menos simplista. Presenta el alcohol como refugio de los obreros para evadirse de su realidad. En otras ocasiones el abuso de las drogas conocidas actúa no como recurso para ignorar efímeramente la condición del individuo, sino como sucedáneo del alimento. Repetidamente el narrador indica la utilización de láudano, melaza, o el compuesto conocido como *Godfried's cordial* para engañar el hambre de los más pequeños. El nacimiento de Devilsdust pone de relieve la triste popularidad de esos métodos. También la llegada al mundo de ese personaje pone al descubierto la excusable ausencia de normas de conducta burguesa y aun de sentimientos humanos en el proletariado urbano. Devilsdust es hijo de madre soltera, quien tiene que abandonar al niño tan pronto como tenga fuerzas para volver a trabajar. Lo deja al cuidado de una señora que se encarga de pequeños en situación parecida. La madre de Devilsdust sólo está con él el tiempo destinado a dormir. Es lógico que en tales circunstancias haya ausencia de lazos filio-maternales. El sustrato calvinista victoriano acusa esta desnaturalización de las relaciones afectivas como causa de su miseria, y no al revés. También el nacimiento de Devilsdust le sirve a Disraeli para sugerir el elevado índice de mortalidad infantil, causado por las deficientes condiciones de vida. Recordemos además, en lo que se refiere a las relaciones familiares, la desaparición de la madre del chico sin dejar rastro. Ya fuese porque lo hubiese abandonado, o porque habría muerto (con lo que el autor nos remite a la esperanza de vida de la época), el resultado es que Devilsdust queda en una situación de desamparo absoluto. Su porvenir queda reducido a, o bien engrosar las cifras de la mortalidad infantil, o una vez cumplida la edad crítica de cinco años, convertirse en niño-obrero. Es en la fábrica donde recibe un nombre del que también carecía: Devilsdust (= 'paño de la peor calidad'). Mientras, comprendamos el empeño con que su niñera quiere deshacerse de él, así sea con la muerte, pues representa una boca más que alimentar a cambio de ningún dinero.

Otro de los ejemplos de degeneración de la clase obrera, tan horrenda para la sensibilidad burguesa (o aburguesada, en el caso de Lord Marney), lo ofrece Liza. La acuciante falta de dinero que sufre hace que ponga sus esperanzas en la muerte de su hijita, que padece desnutrición. Con la compensación que reciba de la mutua funeraria podrá pagar parte de las deudas que ha contraído.

El trabajo femenino e infantil es otra forma de disgregación de la moral. Más rentable para los industriales, el empleo de niños y mujeres en sus factorías arroja un número creciente de varones adultos desempleados. Esto ya lo comentaba el artesano Warner, y de lo mismo se queja Mrs Carey. Los niños contribuyen con su salario al mantenimiento familiar, que en cualquier caso no podrá cubrir más que los gastos de alimentación y (no siempre) de vestimenta. Las condiciones de trabajo no sólo lanzan a los críos prematuramente a la vida adulta, sino que diluyen los lazos afectivos en el seno familiar. Aparece así una más de las consecuencias distópicas de la Revolución industrial: la superación del grupo familiar por una nueva relación compuesta por productores y consumidores. Tal es el caso de Harriet, la hija de Warner. Esta muchacha decide abandonar la casa de sus padres para disfrutar del dinero que gana con su trabajo, sin tener que soportar cargas familiares. Con ejemplos como éste Disraeli muestra el trabajo infantil y femenino como un aspecto más de la cosificación del proletariado y como ejemplo de la relajación de la moral burguesa es un estrato construido por la burguesía.

Con todo, entre las expectativas que crea el dinero y la transgresión de las virtudes existe una transición más corta de lo que parece. Es entonces cuando surge el sofisma en torno a la relación vicio-miseria. De ahí el razonamiento de Lord Marney. Pagar más de ocho chelines a sus braceros no mejoraría su nivel de vida, ya que lo gastarían en alcohol (si bien ninguno de sus aparceros se emborracha). Patronos industriales y rurales coinciden en acusar a sus trabajadores: no es la miseria lo que conduce al vicio, sino lo contrario. El narrador de *Sybil* parece asumir la conclusión de Engels: “aquellos que han hecho de los obreros simples objetos, son los que deben asumir la responsabilidad.”⁴⁷ Sin duda, la manipulación que la patronal hace de la moral protestante contribuye al descrédito del movimiento obrero resurgido en los años cuarenta. La predestinación no solamente debe entenderse como recurso del grupo patronal para tranquilizar su mala conciencia. Pensemos también en la necesidad de convencer a sectores de la clase media-baja, no poderosas pero con una creciente participación social y política. Cuando ese tipo de fatalismo social pase a formar parte de los esquemas mentales del hombre victoriano, la única facción que se hará cargo de la defensa obrera será la radical. En este sentido no sería absurdo considerar que el mejor ejemplo de obrero en la novela victoriana sea una creación de Dickens, Stephen Blackpool, idóneo para el *pathos* de la pequeña burguesía.⁴⁸ Por el contrario, el proletariado *urbano* de *Sybil* (una década anterior a *Hard Times*) conspira contra el Estado, se emborracha, se prostituye, droga a sus hijos, etc. Es una verdadera vergüenza, como señalan Lord Marney y Mr Diggs al justificar las malversaciones que cometen en la paga de sus obreros respectivos.

A estas alturas de la novela, Disraeli ya nos sugiere cuál será la moraleja final. Gerard asevera que la reforma de 1832, si bien fue promulgada por unos intereses políticos y económicos muy poderosos, acabaría volviéndose contra aquellos que más provecho le habían sacado. La Ley de Pobres llevó a miles de personas a las fábricas del Norte. La inmigración significaba un drama en doble sentido. Los que

marchaban lo hacían a la fuerza, pues la alternativa era el confinamiento en una casa de trabajos. Pero la situación era peor para los ya establecidos: la aritmética ricardiana hacía que la llegada de más brazos redujera los salarios. Pareciendo insuficiente el trasvase de población en el interior, se recurre a la inmigración de irlandeses, que ya sufrían una situación calamitosa en su tierra (y la Gran Hambre estaba todavía por llegar). Reciben la peor consideración tanto en el trabajo como en el alojamiento de las ciudades adonde llegan, formando la parte sustancial del lumpen.

La inflexibilidad del liberalismo saca buen provecho de esa abundancia de mano de obra. ¿Durante cuánto tiempo más? Gerard no sabe con certeza cuándo explotará la rebelión, pero intuye que la situación ha llegado a un punto sin retorno. Es cuestión de esperar muy poco más para presenciar los primeros estallidos. Y así ocurre. Al principio pueden ser reprimidos; tal es el caso de los sucesos de Gales y Birmingham. Pero a medida que se generalizan, las fuerzas de seguridad se revelan insuficientes para mantener el orden victoriano. En este punto, Disraeli se desmarca del debate político y transforma su novela en un romance. Con el país convulso por las protestas obreras, finaliza su relato reviviendo un ejército medieval que elimina a los alborotadores y rinde pleitesía a un nuevo Señor de Marney. No manipula los incendios o las huelgas para dar carta de naturaleza a las reivindicaciones obreras. Su objetivo es hacer reflexionar a Egremont acerca de la necesidad de que los grupos dirigentes afinen su sensibilidad social y reconstruyan una Inglaterra estamental armoniosa. En otras palabras, podríamos decir que lo que persigue Disraeli no es ni la ruptura, ni la reforma, ni el mantenimiento del *status quo*: es la involución.

Utiliza Disraeli la campaña cartista de 1839 para poner al descubierto las fallas existentes en la clase política británica. El cartismo es rechazado prácticamente por todos los diputados. Cada Miembro del Parlamento ofrece una excusa distinta, pero todos ellos participan de un empeño por impedir la llegada de los representantes obreros a Westminster. A lo largo de varias páginas conocemos algunas opiniones de sus señorías a la petición de Morley y Gerard. El caso extremo lo representa Lord Valentine. Este es un aristócrata parlamentario al que no le preocupa otra cosa que no sea el mantenimiento de los derechos consuetudinarios de su estamento. Desprecia por igual a la clase media que compite con el viejo orden en el Parlamento y al movimiento obrero que, de triunfar las tesis cartistas, subvertiría no solamente la función del legislativo, sino la esencia misma del sistema político inglés. Justifica el bienestar de la nación en las empresas coloniales. Su falta de sensibilidad actúa de detonante para que Morey y Gerard expongan sus puntos reivindicativos. Por medio de estos dos personajes Disraeli nos recuerda la inconsistencia social de Inglaterra. No es perdurable mantener un imperio, dicen, a la vez que se oprime a los hijos del propio país. El autor mantiene esta misma idea en otros pasajes. La élite gobernante se escandaliza ante las costumbres de los nativos y dispone la creación de sociedades para la propagación del Evangelio: pero al mismo tiempo se muestra insensible a la tragedia social que se desarrolla en el interior del Reino Unido. Esta crítica anti-imperialista del primer Disraeli la podríamos comparar, acaso superficialmente, con la que medio siglo más tarde hiciera Conrad con la Socie-

dad para la Supresión de las Costumbres Salvajes. Los enfoques son diferentes, desde luego: *Sybil* no puede participar de la condena de *Heart of Darkness*, entre otras razones porque la política exterior desarrollada por Disraeli es una de las fuentes de la pesadilla conradiana. Sin embargo, no sería muy difícil encontrar algún punto de confluencia en la crítica que cada uno hace a su época respectiva. Disraeli asocia la desesperación de los artistas al divorcio que existe entre la política doméstica y la de ultramar, y presenta el cartismo como resultado, no como causa de una legislación social funesta. Las camarillas de Westminster no escuchan las peticiones obreras. Pero ese mismo Parlamento promulga un estatuto especial para Jamaica. Conrad toma la idea de las “dos naciones” donde la había abandonado Disraeli, trasladándola a las colonias. A la subordinación política de los dominios respecto de sus metrópolis, se suma las consecuencias que allí han producido las nuevas relaciones de producción, manifiestas en el etnocidio. El Congo no pertenecía a Inglaterra, pero recordemos que “all Europe contributed to the making of Kurtz;”⁴⁹ y la política exterior de Benjamin Disraeli creó bastantes Kurtz que le posibilitaran coronar a su Reina como Emperatriz. Volviendo la vista atrás nos damos cuenta de cómo el pragmatismo se impuso a la crítica imperial del Disraeli opositor que escribiera *Sybil*.

Retornando al enfrentamiento dialéctico entre Lord Valentine y los dos delegados artistas sale a relucir la amenaza del movimiento obrero como desestabilizador social, no existiendo medidas de represión eficaces. Morley y Gerard expresan la convicción (que poco después repetirán los socialistas científicos) de que la clase obrera es consciente de la degradación a que ha sido sometida, y que de esa relación hostil surgirá el enfrentamiento definitivo. Intencionalmente, Disraeli oscurece la identidad del artista que amonesta a Lord Valentine con la advertencia que sigue:

[The workers] are not only degraded, but conscious of their degradation. They no longer believe in any innate difference between the governing and the governed classes of this country. They are sufficiently enlightened to feel they are victims. Compared with the privileged classes of their own land, they are in a lower state than any other population compared with its privileged classes. All is relative, my lord, and believe me, the relation of the working classes of England to its privileged orders are relations of enmity, and therefore of peril.⁵⁰

El anonimato en que se escuda este personaje explica el extremismo de la sentencia, demasiado radical para provenir de uno de los personajes mimados en el mundo maquiavélico de *Sybil*. Indistintamente, Gerard o Morley admitirían como suyas las palabras que al respecto escriben Marx y Engels:

El siervo, en pleno régimen de servidumbre, llegó a miembro de la comuna, lo mismo que el pequeño burgués llegó a elevarse a la categoría de burgués bajo el yugo del absolutismo feudal. El obrero moderno, por el

contrario, lejos de elevarse con el progreso de la industria, desciende siempre más y más por debajo de las condiciones de vida de su propia clase. El trabajador cae en la miseria y el pauperismo más rápidamente todavía que la población y la riqueza.⁵¹

La crítica de Disraeli hacia la clase política tiene su colofón en el reaccionario Lord Valentine. Pero el autor ofrece más argumentos, igualmente espúreos, provenientes del resto del arco parlamentario. Señalaré algún que otro ejemplo. Mr Thoroughbase, al casarse con una viuda rica cambia totalmente su ideología y olvida sus orígenes plebeyos. Mr. Wriggle promete apoyar a los cartistas cuando estos tengan grandes oportunidades de triunfar. Mr Floatwell entró en Westminster gracias a la reforma de 1832, presumiblemente como *whig*. Pese a su ignorancia política (o tal vez para compensarla) comenzó a ejercer su influencia hasta acumular un emporio económico. Tampoco ignora Disraeli el fenómeno de la indisciplina. Pero en *Sybil* se nos muestra el trasiego ideológico dentro de otras formaciones, y no únicamente el partido Conservador. El diputado caricaturizado es Mr Bombastes Rip. Habiendo sido elegido por un distrito industrial, el radicalismo con que llegó a Londres se fue templando. Cuando lo visitan Morley y Gerard reivinica la estatura política del Duque de Wellington.

Los cartistas abandonan Westminster sin lograr ser reconocidos por la clase política. Sus amenazas, veladas o directas, se van cumpliendo. El primer levantamiento importante tiene lugar en Birmingham —el malabarismo cronológico de Disraeli nos sitúa en 1842— ocasionado por una crisis de sobreproducción. La languidez del comercio es la excusa para que se generalicen las protestas por el rechazo de la Carta. El autor recrea las circunstancias en que conservadores y liberales hacen causa común para derrotar el pronunciamiento obrero. Lo que parecía ser un altercado más del que las fuerzas del orden darían buena cuenta, se transforma en una explosión de descontento acumulado que supera las expectativas y se extiende por todo el país. En este momento reaparece el narrador demagogo, quien adelanta que ese tipo de reivindicación sólo aportará años de sufrimiento y representación a los trabajadores. Lo demuestra con la reducción de los salarios en Mowbray. Según Lord De Mowbray, los agitadores se han alejado de la masa de obreros y estos han aceptado la nueva paga con resignación, suponemos que para salvar la industria local. Disraeli induce a sus lectores a reconocer que la violencia no es el recurso adecuado para hallar una solución al problema social. Su sibila en esta ocasión es Mrs Carey, la buhonera. Por la mercancía que expende conocemos el poder adquisitivo de los obreros. La habíamos conocido en los primeros capítulos, vendiendo carne de asno que hacía pasar por vacuno. Ahora el producto es arenque ahumado; más tarde será hortaliza en mal estado. El puesto de venta de la viuda Carey, un personaje “supernumerario”, es el mejor indicador del impacto que la crisis de 1842 tiene en su clientela, la población trabajadora de Mowbray.

Como personaje entrañable para el autor, Mrs Carey lamenta que sus vecinos hayan optado por la acción violenta. Años más tarde Disraeli tendría que reconocer

su precipitación en los juicios emitidos en *Sybil*. Las conquistas sindicales que él mismo consagró a partir de 1874 indican la oportunidad de las reivindicaciones carteristas. Siendo un poco excépticos, dudaríamos que la reforma de 1867 hubiera sido tan generosa con el proletariado cualificado si las organizaciones obreras no hubiesen hecho sentir su peso social con anterioridad. Pero la trayectoria de Disraeli como opositor nos lleva a pensar que esas reformas mencionadas se produjeron muy a su pesar. Su rechazo de la Ley de Pobres fue contundente en la novela, como hemos podido comprobar. Pero muy poco tiempo más tarde, en 1850, se oponía a la Ley de Salud Pública y al Estatuto del Minero. Esta doble negativa de Disraeli a sancionar reformas sociales pone en duda la firmeza de sus palabras anteriores. En cualquier caso, hablaba en nombre de un partido que carecía de una política social efectiva: eso explica la existencia de una corriente interna como *Young England*. Sin embargo, como afirma Blake, una cosa es hablar de los pobres en términos de filosofía política y otra utilizarlos como plataforma electoral,⁵² en una época en que ni tenían derecho al voto ni su sufragio era necesario para alterar la distribución parlamentaria. Por eso *Sybil* es tan incoherente como ilustración de un proyecto político; de ahí la implausibilidad de su heroína, no ya como personaje realista victoriano, sino como *femina política* y aun como ser humano libre de inestabilidad emocional.

Quisiera justificar tal afirmación, en primer lugar, mediante el episodio en que Sybil lleva alimentos a la familia de Warner desde el convento. En dos ocasiones nos habla de la necesidad de estrechar lazos de solidaridad entre el pueblo. Para ella, el pueblo es sinónimo de los explotados, con quienes está Dios:

When I remember what this English people once was; the truest, the freest, and the bravest, the best-natured and the best-looking, the happiest and most religious race upon the surface on this globe; and think of them now, with all their crimes and all their slavish sufferings, their soured spirits and their stunted forms; their lives without enjoyment, and their deaths without hope.⁵³

Su concepto de pueblo tiene poco que ver con la comunión nacional que proyecta el autor. Al parecer de Disraeli, el defecto de *Sybil* radica en igualar pueblo con clase trabajadora, sin tener en cuenta a los demás grupos sociales. Este hecho precipita una complicación folletinesca del argumento. Espero que todos los lectores de la novela hayamos coincidido en intuir, desde el primer y fugaz encuentro de los protagonistas en las ruinas de la abadía, que si alguna vez Sybil decidía perder la virginidad, su primer amante sería Egremont. Pero antes que eso ocurriera, Disraeli tuvo que conciliar posturas obstinadamente contrarias. Sobre todo hacer que Sybil aceptase la burguesía y la aristocracia como partes del pueblo. En principio podemos entender la postura de la heroína, un personaje dedicado al socorro de los más necesitados. Pero nuestra capacidad de comprensión se resiente al descubrir que Sybil, a pesar de su discurso hostil hacia los poderosos, se horroriza cuando los

obreros optan por la acción directa. Una y otra vez sorprende la ambigüedad con que acoge las reivindicaciones de los trabajadores, hasta el punto que al final los traiciona salvándoles la vida y la propiedad a los nobles acorralados en el castillo de Mowbray. Da a sensación que Sybil anda por la novela perdida en el laberinto mental donde la ha introducido el autor. Unas veces defiende la identidad proletaria, otras rechaza la violencia y nos sugiere que las mejores armas que pueden blandir los obreros son los útiles de trabajo. Pero esos útiles no les pertenecen. Más tarde vuelve a señalar el aislamiento perpetuo que debe existir entre pobres y ricos. Aparece entonces la reflexión de Egremont-Disraeli, que imputa la cerrazón de Sybil a prejuicios culturales, no a las consecuencias de su situación socioeconómica: la culpa de la existencia de “dos naciones” es de todos los ingleses, no de grupos determinados. Nótese el mensaje interclasista de Egremont, que le resultará tan rentable a Disraeli. La idea de la trascendencia social tendrá gran peso en su defensa de la reforma de 1867.

La violencia en la calle y el discurso de Egremont-Disraeli en el Parlamento hacen cambiar definitivamente la posición que Sybil mantenía en cuanto a la injusticia social. Permítaseme usar otra vez el binomio entre el personaje y el autor. Las palabras emitidas por Egremont son eco de aquellas que Disraeli había pronunciado en 1839 acerca de los derechos de los trabajadores. Así pues, Sybil se ve forzada a creer en el compromiso entre las clases. A pesar de contemplar a la fuerza pública aplastando las insurrecciones obreras, a pesar de saber cómo viven los trabajadores y cómo sus patronos, a pesar de reconocer que la miseria engendra la degeneración humana, Sybil cree en la concordia. Desde el comienzo del Libro V, este personaje distingue entre pueblo y chusma, y le reprocha a su padre que los hechos en que está implicado son simples algaradas que no conducirán a cambio efectivo alguno. Así define Sybil —y por ende Disraeli— las discusiones internas que se producen en el movimiento cartista a raíz del rechazo sufrido en Westminster.

Como su padre sigue conspirando contra el Estado, la heroína inicia una odisea por el submundo de Londres para rescatarlo. Allí conoce la parte corrupta de los que en otro momento mártires trabajadores. Además ese paseo por el Londres golfo le permite al autor seguir cantando las excelencias de su utopía rural. Sybil entra en el bar del Strand para conocer el paradero de Gerard. En ese antro se desmorona el muro mental que alguna vez ella hubiera construido entre opresores-poderosos-inmorales y oprimidos-desposeídos-íntegros. Descubre que los pobres son groseros, y lo que es más importante, que los radicales se guardan mucho de practicar en privado la solidaridad de la que presumen en sus mítines. Esos hombres, que también tenían un Evangelio laico, esta vez escrito por Paine, no tenían voluntad de ayudar a una señorita a encontrar a su padre. A partir de este pasaje, cualquier coincidencia de Disraeli con las reivindicaciones radicales será producto de la casualidad.

Tras la pista de Gerard, Sybil se dirige al Soho. Le resulta difícil no sentir repugnancia por la sordidez del pueblo que amaba. Ella sabía que la miseria originaba la desnaturalización en los hombres; por lo tanto resulta inexplicable ese

súbito ataque de victorianismo. Tal cambio repentino se produce en función de la reflexión que el narrador quiere que hagamos los lectores: Gerard cree en la violencia y se ha convertido en conspirador, para salvar a ese tipo de gente que Sybil contempla aterrada.

El ambiente en el lugar contribuye al descrédito de los dirigentes obreros. Al igual que ocurriera durante el ingreso de Mick en el sindicato, los preparativos para la revuelta general están envueltos en un entorno atemorizador. Disraeli se inspira en el caso Todpuddle para convertir al sindicato que opera en Mowbray en una logia masónica. Igual de hermético es el tugurio donde Gerard prepara la insurgencia. No creo que Disraeli estuviera especialmente disgustado por las aspiraciones de una minoría a imponerse. La postura de *Young England* era antidemocrática (o antiparlamentaria, si queremos) y formulaba un gobierno encabezado por un líder natural o un directorio (similar al modelo de las tiranías griegas, no al francés), que rigiera los destinos del resto de la comunidad. Por eso me inclino a pensar que el rechazo del autor se dirige al desafío de las normas morales que se vive alrededor de la con-fabulación: promiscuidad sexual, picaresca comercial, agnosticismo, etc., además de la utilización de la violencia para derrocar el poder establecido. Todos estos hechos, como ya hemos visto, se asocian a la vida urbana.

El juramento de Mick ante la cúpula del sindicato lo obligaba a asesinar nobles y burgueses si se le requiriera par tal cometido; en los choques callejeros los huelguistas desafían a la New Police de Peel con objetos punzantes. Esa chusma urbanita reaparece cuando Sybil es excarcelada después de haber pasado una noche entre rejas. La policía se ve obligada a dispersar a un grupo de curiosos. El narrador menciona varias profesiones, todas ellas relacionadas con el sector servicios: lecheras, deshollinadores, pasteleros; junto a ellos se encuentra un nutrido grupo de individuos de filiación laboral anónima “that always congregate and make the nucleus of a mob.”⁵⁴ También en Marney el autor asocia la incivilidad con una ocupación ajena a la agricultura. En este caso se trata de los cerrajeros de Wodgate. Distingue el autor a los “ruffians” que destrozan el castillo de Mowbray no ya por las armas que blanden, sino por la vestimenta que delata su ocupación. El autor enfoca como fechoría de vándalos irrespetuosos con la historia inglesa lo que desde otro punto de vista podría contemplarse como un ritual de desclasamiento de la oligarquía.

En pasajes como estos se puede deducir la importancia que para Disraeli tienen las fuerzas de seguridad como valedores de la ley y la tradición. La actuación oportuna de los *bobbies* rescata a Sybil en el vórtice del Soho, lo mismo de los bribones que de las prostitutas, los pendencieros y los curiosos. La misma policía desbarata el complot en el que Gerard está comprometido. Pero la eficacia de la fuerza pública era la excepción, ya que el cuerpo de Policía, creado en 1829, sólo se había desplegado en los grandes núcleos urbanos. Excepcionalmente hallamos un motivo de consenso entre Disraeli y Peel. Narrador y personajes lamentan no disfrutar en el interior del país de una policía eficaz como la de Londres.

La escasez de agentes del orden será uno de los principales elementos en conducirnos al final feliz de Sybil. Lord Marney, que nunca ocultó su mentalidad señorial, hace una lectura particular de la Ley de Excepción y se faculta para restablecer el orden por su cuenta. No interpretemos como accidente la muerte de Gerard durante el choque final entre señores y vasallos sublevados. Disraeli necesitaba deshacerse de un personaje tan díscolo como Gerard. Después de su pasado revolucionario no tendría cabida en el mundo de porcelana que iba a habitar su hija. A la vez, a caída de Gerard provoca la ira popular y Lord Marney muere lapidado. Esto hace que Egremont pueda disfrutar de la riqueza de los Marney. No creamos que Disraeli alaba la soberanía popular al matar a Lord Marney. El magnicidio no entra en sus esquemas, ya sean narrativos o políticos.

Habiendo rechazado los excesos del radicalismo, Disraeli tenía que execrar la figura del socialista utópico. De ahí la función que cumple Morley como agitador de guante blanco, responsable en última instancia de las desventuras de Sybil. Fue bastante astuto el narrador al exponer en primer lugar el pensamiento de Morley como alternativa a la situación de explotación económica e injusticia social. En cuanto avanza la novela, Disraeli cree disponer de suficientes elementos de juicio para acusar a este carácter de irresponsabilidad por propugnar un proyecto inviable. Morley explica el cooperativismo a los mineros de Mowbray. Les promete eficacia en el trabajo, con un mayor margen de beneficios. Hasta les anuncia que podrían transformarse en capitalistas. Es en este pasaje donde más claramente expone las ideas utópicas, y es aquí donde Disraeli lo pone en el mayor de los ridículos. Para los mineros el planteamiento de Morley es simplemente irreal. ¿Cómo van a convertirse en capitalistas si ni siquiera se les paga en metálico? ¿Cómo pueden patronos y obreros llegar a acuerdo alguno sin recurrir antes a la acción directa? Ya desde la presentación de Morley, en la abadía, el lector victoriano debía sentir un cierto rechazo hacia él. En una discusión acerca de la oposición ciencia/fe, Morley apuesta decididamente por la primera, e incluso opone la utilidad del monasterio medieval a la del ferrocarril contemporáneo. Morley pone todas sus esperanzas en el progreso técnico, y el tren es su símbolo. Esto puede resultar paradójico, puesto que el ferrocarril, creado para unir centro de producción y comercialización, favorecía más claramente a los industriales que al resto de la población. Pero a Disraeli no le ocupan las contradicciones de este tipo. Lo que desacredita en Morley es el hecho de apartarse de la tradición. Podríamos citar, por poner otro ejemplo, el debate que suscita la figura del rey Harold. Mientras un Gerard aún dicitativo entre la nación y la clase reivindica la figura del mítico rey, Morley la rechaza atendiendo a consideraciones clasistas. Aquí podemos encontrar una piedra de escándalo más para el lector de una época marcada por el orgullo nacionalista.

El narrador continúa ofreciendo más contradicciones en Morley. Este sostiene que los héroes que rescaten al pueblo podrán surgir únicamente de las filas obreras, ya que sólo allí se entienden las necesidades de los trabajadores. Sin embargo, líneas más adelante se define como pacifista. Con ello Disraeli tiende una trampa dialéctica al socialismo utópico: los cambios que propone Morley sólo se podrán

llevar a cabo con derramamiento de sangre. El error está, en mi opinión en la consideración que Disraeli tiene del socialismo utópico. Ha vertido en el mismo individuo al filantrópico a toda costa y al reivindicador de clase. Y no sabríamos nosotros dónde encaja mejor Morley, si en el grupo de los utópicos o en el de los agitadores. Es más que probable que Disraeli pretendiera igualar ambos conceptos, convirtiendo a Morley y a los demás líderes cartistas en aprendices de brujo que exorbitaron una cuestión de orden público hasta darle una dimensión política. Fue Morley quien puso a Gerard en el camino de la subversión. Y fue la agitación protagonizada por Warner y Gerard la que puso a Mowbray en pie de guerra. La conjunción de estos factores nos lleva a la apoteosis del fracaso de la autogestión: Wodgate.

Wodgate, o Hellhouse Yard (= 'Patio del Infierno'), es una entelequía de Disraeli, quién sabe si hipérbole de Willenhall del que habla Engels. Esta inverosímil comunidad no tiene industrias. El narrador parte del supuesto de que la Revolución industrial se paró en sus inmediaciones. Esto explica que los modos y relaciones de producción en Wodgate no tengan nada que ver con los que se producen en su entorno. Este lugar carece asimismo de instituciones políticas o sociales: no existe iglesia, juzgado o ayuntamiento. La división social es corporativa, del tipo maestros/aprendices. Esta estratificación nos recuerda los tiempos preindustriales añorados por Disraeli. Pero el narrador prefiere fijar la atención en las consecuencias que arrastra crear una nueva realidad dando la espalda a las tradiciones. Tal es el estado de brutalidad a que han llegado los habitantes de Wodgate, que el autor les niega la cualidad de humanos. Volveremos a contemplar algunos elementos de la descripción de Wodgate en las novelas antiutópicas del siglo XX. Quizás sea obra del azar, pero al caracterización del jefe de Wodgate, Bishop Hatton, la fe ciega que el vecindario ha depositado en él, la sordidez del lugar, el recurso de la guerra, etc., recuerdan la vida cotidiana en Oceanía. Independientemente de que Orwell se sintiese o no influido por esta narración (influencia que en cualquier caso sólo contemplo en el plano formal), ambos autores coinciden en desentrañar los peligros de la utopía igualitaria:

There entered a very thickset man, rather under the middle size, with a brutal and grimy countenance, wearing the unbuttoned coat of a police sergeant conquered in fight, a cocked hat, with a white plume, which was also a trophy of war, a pair of leather breeches and topped boots, which from their antiquity had the appearance of being his authentic property. This was the leader and liberator of the English people. ⁵⁵

Este retrato de cuerpo entero de Bishop Hatton es una llamada de atención sobre los excesos del cartismo. El desenfreno de este personaje llega al punto de considerar a Victoria I como igual suyo, irreverencia que comparte con el aspirante liberal al escaño por Marbury. En Bishop, Disraeli vierte rasgos característicos de los revolucionarios empujados a instaurar regímenes de terror para hacer prevalecer sus tesis. De ahí la alusión a las bañeras, que serían utilizadas "to drawn the enemies of the People" ⁵⁶, recuerda al lector uno de los primeros métodos empleados por los

jacobinos para eliminar a sus opositores. En pasajes como éstos es donde Disraeli ataca a Morley con mayor contundencia, por haber creado una maquinaria dictatorial incontrolable. El *slogan* cartista forma parte de la retórica de Bishop y el estandarte que agita, donde figuran los seis puntos de la Carta, es un complemento en la caricatura de una maltrecha cruzada.

El narrador de *Coningsby* concluye que ‘el pueblo’ es un concepto más propio de filosofía natural que de política. El de *Sybil* torna más compleja esa conclusión, ya que introduce el término ‘chusma’. ¿Es tarea del político ocuparse de esta última? En *Sybil*, cuando *Young England* todavía luce como un proyecto factible, Disraeli se propone superar al parlamentarismo y a la turba de la que aquél se quiere nutrir.

IV

La necesaria figura de Egremont, como ya hemos visto, es una propuesta de nuevo hombre público empeñado en la regeneración del cuerpo político, corrompido por los sucesivos gabinetes liberales, y del propio tejido social de Inglaterra, penetrado por los valores burgueses. Por razones obvias, Disraeli no señalaría el conjunto de la burguesía mercantil e industrial como “sórdidos hebreos”, como hace Engels. Pero una vez más ambos coincidirían, pues por lo que comprobamos en *Sybil* también Disraeli nos induce a pensar que para la burguesía “nada existe en el mundo fuera del amor al dinero, porque no aspira a otra cosa que a ganar dinero, no conoce beatitud alguna fuera de la fácil ganancia, ningún dolor excepto la pérdida de dinero”⁵⁷. Nos basta pensar en Master Joseph Diggs para comprobarlo. Hasta qué punto esa escala de valores ha prendido en las demás clases sociales lo podemos apreciar en aristócratas como Lady St Julians o Lord Marney, o en representantes de la clase trabajadora como Mick, Nixon, Harriet, Mrs Carey, etc. Mención aparte merece Devilsdust. Paradójicamente Disraeli le reserva un final feliz como pequeño industrial en una novela antiburguesa. Al fin y al cabo ésa es una manera de celebrar la movilidad social, al mismo tiempo que un premio que el autor concede a este personaje por haberse retirado a tiempo de la huelga salvaje que le costó la vida a Gerard.

Por su parte, Egremont muestra las dificultades que atraviesa la aristocracia para seguir manteniendo su posición como clase dirigente. Recordemos el endeudamiento que contrae su familia para sufragar la campaña electoral, o la escasez de influencias para que pueda ingresar en el cuerpo administrativo. Desde su privilegiada atalaya en Westminster observa, no obstante, que los tumultos ocasionados por la derrota cartista con simples escaramuzas que no alterarán el orden burgués. Como parlamentario Egremont corrobora la postura antidemocrática sostenida por el narrador. Una vez descartados el socialismo y el liberalismo, la opción que ofrece el héroe de *Sybil* no puede ser otra cosa que la de un partido Conservador a la medi-

da de Disraeli. Aboga por una reforma moral de la nobleza que la capacite para retomar su papel tradicional:

It will be a produce hostile to the oligarchical system. The future principle of English politics will not be a levelling principle: not a principle adverse to privileges, but favourable to their extension. It will seek to ensure equality, not by levelling the Few, but by elevating the Many. ⁵⁸

Los prejuicios antidemocráticos de Egremont-Disraeli son manifiestos en el pasaje que acabo de citar. El calificativo "oligarchical", que en otras ocasiones ha acompañado al grupo *whig* ahora se dirige al principio mismo de representación parlamentaria. No existen en la novela argumentos favorables a la ampliación de ese principio. Por el contrario, las luchas intestinas de los cartistas y la anarquía resultante aconsejan la eliminación del radicalismo como cauce político. Lo que Disraeli persigue en realidad es la sustitución de la oligarquía por una autocracia. Frente al espectáculo político que ofrecen los grupos de presión representados en el Parlamento, la utopía disraeliana propone un líder inteligente, comprensivo y con una visión global de la sociedad británica: un hombre como Egremont. Su defensa de la acción de gobierno como privilegio de una minoría cualificada sólo encontraba eco, lógicamente, en el partido Conservador, el único que afirmaba resguardar los pilares de la identidad de Inglaterra: la Corona y la iglesia anglicana. Pero al crear a Egremont con una visión tan radical ("crotchety") dentro de la esfera conservadora, Disraeli teme encontrarse ante un vacío ideológico cuando no ante una ruptura, precisamente lo que más temería un defensor acérrimo del *status quo*. De ahí sus referencias continuas a figuras relevantes en el pensamiento *tory*. Así, Burke representa la voz de la conciencia política británica. En la novela se aprecia la deuda ideológica que Disraeli ha contraído con él. Del mismo modo que Burke defendía que el espíritu de la "Constitución" se implicaba en un número reducido de votantes, pues sólo así se podía garantizar la independencia del sufragio, Disraeli defiende la idea del grupo de notables que gobierne para los demás. Burke es el hombre íntegro en que Disraeli quiere convertir a Egremont. Por su parte, Wellington, que en algún pasaje de *Sybil* es patrimonio de los personajes más reaccionarios, recibe finalmente el reconocimiento político del autor. Su mayor elogio está encerrado en el pasaje donde comenta que Peel, su más factible adversario político, prefirió ser su sucesor, no su rival. Cuando leemos las peroratas antiliberales del héroe o del narrador, probablemente estemos releendo la interpretación apocalíptica que el duque hacía del triunfo de la reforma electoral:

The revolution is made [...] That is to say power is transferred from one class of society, the gentlemen of England professing the faith of the Church of England, to another class of society, the shopkeepers, being dissenters from the Church, many of them Socinians, other atheists. ⁵⁹

No están ausentes las frases aludatorias a otras figuras: Bolingbroke, Shelburne, Jacobo II y muy significativamente Carlos I, a quien glosa como mártir de los abusos del parlamentarismo.

Aparte de estos personajes históricos, también algunos contemporáneos de Disraeli hubieron de formar parte de la creación de Charles Egremont. A sus camaradas de *Young England* hay que sumar otros hombres que miraban la realidad con ojos igualmente críticos. Incluso llegando a conclusiones distintas en muchos casos, sus respectivas líneas de pensamiento ofrecen puntos de contacto que, en mi opinión, son más que casuales. Al igual que Disraeli, Coleridge denuncia la concepción atomista de la política inglesa desde el siglo XVII, es decir, desde que los ficticios Greymont accedieron al Parlamento. El concepto de Estado en Coleridge como una unidad moral universal —correlato político del dominio de la “Imagination” poética— es muy similar a la “Nation” sin sectarismos que persigue Disraeli. En ambos casos el bien general está garantizado por una minoría virtuosa y educada.

El autor de *Sybil* participa asimismo de la hostilidad del Renacimiento Gótico hacia las formas artísticas de su tiempo. La descripción de las ruinas de la abadía es una declaración velada de neogoticismo. Obviamente la crítica no se ciñe al ámbito estético. La imagen idílica que construye de la Baja Edad Media y el contraste que establece entre esa época y la modernidad reaparecerán años más tarde en los escritos de Ruskin. La divergencia ideológica entre Ruskin y Disraeli hace a uno dudar a la hora de identificarlos ante una misma causa. Con todo, ya sea por contingencia o por una influencia pasajera, *Stones of Venice* nos recuerda la salud moral de la que se jactaba *Young England*. Más lejos aún nos queda la crítica a la cultura victoriana que hacia Arnold en *Culture and Anarchy*. También Arnold propone un Estado que controle la voluntad de los individuos en aras de un interés común, más importante que el de cada uno de sus componentes. Y cuando Arnold nos habla de Inglaterra como una nación donde la aristocracia está ensimismada en su decadencia, la burguesía segura de su triunfo y la clase obrera intempestiva, en el fondo está emitiendo ideas que ya hemos leído en *Sybil*.

Por descontado, si Disraeli nos propone un líder inteligente, héroe de la comunidad, aristócrata por naturaleza, etc., los escritos de Carlyle acuden a nuestra mente. Algún tiempo antes que Disraeli describiera sus “dos naciones”, ya Carlyle había ofrecido su visión del contraste entre pobreza y opulencia en Inglaterra en su *Sign of the Times*. Al igual que ocurriera a Disraeli, el fiasco de 1839 produce un giro en el pensamiento social y político de Carlyle, palpable en su ciclo de conferencias sobre los héroes. Muchos, muchísimos pasajes de *Hero-worship* podrían ilustrar las afinidades entre el héroe hábil de Carlyle y el buen aristócrata de Disraeli.

Nuestro distanciamiento cronológico hace que observemos no sin cierto prejuicio la crítica que todos los autores mencionados vierten contra el sistema democrático. Como el propio Raymond Williams admite, nos resulta fácil tacharlos de fascistas.⁶⁰ Pero tenemos que reconocer que muchas veces nuestras etiquetas son anacrónicas. La parcialidad de nuestro acercamiento puede conducirnos, pues, a sospechar que el fin último de *Young England* habría sido declarar el estado de ex-

cepción permanente. Mejor haríamos en entender que para Disraeli, para Carlyle y en general para todos los críticos del liberalismo, era un deber reprobar un sistema económico y político en cuyo haber figuraba la nueva Ley de Pobres. Eran muchas las correcciones necesarias para crear una sociedad más justa, habitable para todos los ciudadanos. Por eso el autor de *Sybil* termina poniendo sus esperanzas en las generaciones futuras. Y el porvenir estalla en 1874. Los nietos pobres de Sybil tendrán el derecho de votar. No será la visión orgánica, paternalista que quería Disraeli la que finalmente se imponga. Antes al contrario, la realidad política de Inglaterra no será la de una o dos naciones, sino la de todo un tapiz social, político y cultural. Hasta siempre, *Young England*.

Notas

*Quiero expresar mi agradecimiento a la Dra. McMahon, del Departamento de Filología Moderna de la Universidad de La Laguna. Sin duda alguna, las sugerencias que me hizo ante un borrador de este trabajo han mejorado su contenido notablemente. Del mismo modo, he de agradecer la atenta lectura realizada por la Dra. Cruz Leal, del Departamento de Filología Hispánica.

¹ Engels, F.-K. Marx: *Manifiesto del Partido Comunista*. En *Obras escogidas*. Moscú: Progreso, 1986. Vol. I, p. 113.

² Disraeli, B.: *Sybil, or the Two Nations*. Oxford: University Press, 1970.

³ Engels, F.: *La situación de la clase obrera en Inglaterra*. Madrid: Júcar, 1979. P. 127.

⁴ Disraeli, *op. cit.*, p. 67.

⁵ Engels, *op. cit.*, p. 127.

⁶ Disraeli, *op. cit.*, p. 19.

⁷ Blake, R.: *The Conservative Party from Peel to Thatcher*. London: Methuen, 1985. Pp. 4 y sgs.

⁸ *Ibid.*, p. 4.

⁹ Disraeli, *op. cit.*, pp. 25-26.

¹⁰ Blake, *op. cit.*, p. 17.

¹¹ Evans, E. J.: *The Great Reform Act*. London: Methuen, 1983. P. 41. Es interesante subrayar el dato ofrecido por este autor, según el cual a pesar de la reforma, un 70-80% de los elegidos como Miembros del Parlamento representaban los intereses de los hacendados.

¹² J. Bernal, citado por I. Cabo en *Los socialistas utópicos*. Barcelona: Ariel, 1987. P. 15.

¹³ Citado por Evans, *op. cit.*, p. 37.

¹⁴ Blake, *op. cit.*, p. 17.

¹⁵ Disraeli, *op. cit.*, pp. 30-31.

¹⁶ Blake, *op. cit.*, p. 42.

¹⁷ *Ibid.*, p. 40.

¹⁸ *Ibid.*, p. 40-41.

¹⁹ Disraeli, *op. cit.*, pp. 277-278.

²⁰ Disraeli, B.: *Coningsby, or the New Generation*. Oxford: University Press, 1982. P. 59.

²¹ Disraeli, *Sybil*, p. 355.

²² Disraeli, *Coningsby*, pp. 87-88.

²³ Disraeli, *Sybil*, p. 41.

²⁴ *Ibid.*, p. 16.

²⁵ *Ibid.*, p. 27.

²⁶ Engels-Marx, *op. cit.*, p. 115.

²⁷ Pero Disraeli suele sacrificar la sucesión cronológica en aras de la pedagogía de su discurso. Básicamente el tiempo narrativo arranca en 1837 y culmina en 1843. Algunos hechos a los que alude están asociados a acontecimientos y fechas más tempranos que los que señala en la novela. Pondré dos ejemplos: los incendios en las propiedades de Lord Marney, producidos hacia 1839, son un eco de los sabotajes que se repetían a comienzos de la década de 1830, imputados al legendario 'Swing'. La destrucción del castillo de Mowbray en torno a 1843 nos recuerda el atentado sufrido por el de Nottingham bastante tiempo atrás. Este último a su vez no fue perpetrado por airados reivindicadores de la Carta (como se alude en el caso de Mowbray) sino por partidarios de la reforma electoral de 1832.

²⁸ Disraeli, *Sybil*, p. 48.

²⁹ Paradójicamente, sería una ley relacionada con el culto la que disolviera el grupo. Por la *Maynooth Bill* se otorgaba un pequeño patrimonio real a los no anglicanos en Irlanda. Las posturas encontradas de John Manners y de Disraeli hicieron imposible la continuidad de *Young England* como corriente de opinión.

³⁰ Engels-Marx, *op. cit.*, pp. 130-131.

³¹ Disraeli, *Sybil*, p. 161.

³² Young, G.: *Portrait of an Age: Victorian England*. Oxford: University Press, 1973. P. 71.

³³ Disraeli, *Sybil*, p. 189.

³⁴ *Ibid.*, p. 32.

³⁵ Hobsbawn, E.: *Industry and Empire*. London: Weidenfeld & Nicolson, 1968. P. 62.

³⁶ Disraeli, *Sybil*, p. 49.

³⁷ *Ibid.*, p. 49.

³⁸ *Ibid.*, p. 127.

³⁹ También Engels habla favorablemente de la ingenuidad de personajes como Egremont cuando se refiere al idealismo feudal de *Young England*. Ver *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, p. 262, nota.

⁴⁰ Disraeli, *Sybil*, p. 47.

⁴¹ *Ibid.*, p. 41.

⁴² *Ibid.*, p. 119. Nótese la elevada cifra de desempleados que menciona. Casi todas las fuentes que consulté rebajan el número a menos de cuatrocientos mil. La excepción más notoria es Hobsbawn, quien habla de medio millón de tejedores artesanales. Ver Hobsbawn, *op. cit.*, p. 73.

⁴³ Frow, J.: *Marxism and Literary History*. Oxford: Blackwell, 1986. P. 53.

⁴⁴ Disraeli, *Sybil*, p. 118.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 55.

⁴⁶ Citado por E. Williams (ed.) en *A Documentary History of England*. Vol. II. Harmondsworth: Penguin, 1965. P. 240.

⁴⁷ Engels, *op. cit.*, p. 110.

⁴⁸ A pesar de los años transcurridos, Blackpool todavía encaja en el tipo de obrero que señala Engels en la edición de 1892 de *Del socialismo utópico al socialismo científico*. En Engels, F.-K. Marx: *Obras escogidas*. Moscú: Progreso, 1986. Vol. III, pp. 117-118.

⁴⁹ Conrad, J.: *Heart of Darkness*. Harmondsworth: Penguin, 1989. P. 86.

⁵⁰ Disraeli, *Sybil*, p. 231.

⁵¹ Engels-Marx, *El manifiesto del Partido Comunista*, p. 121.

⁵² Blake, *op. cit.*, p. 89.

⁵³ Disraeli, *Sybil*, p. 126.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 340.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 397.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 402.

⁵⁷ Engels, *La situación de la clase obrera*, p. 248.

⁵⁸ Disraeli, *Sybil*, pp. 299-300.

⁵⁹ Citado por W. Arnstein en *Britain Yesterday and Today*. Lexington: Heath & Co., p. 14.

⁶⁰ Williams, R.: *Culture and Society, 1780-1950*. Harmondsworth: Penguin, 1983. P. 93.